

*Ariandna
Baker*

*No dejes
de creer
en mi*

No dejes
de creer
en mi

Primera edición.

No dejes de creer en mí.

©Ariadna Baker

©Mayo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Resoplé. Por los pelos había llegado al cole. Qué vida la mía, siempre corriendo de allá para acá. Y luego Vicente, el padre de Daniela, me diría que él se implicaba tanto como yo en el cuidado de la pequeña. Y un cuerno.

Veinticinco añitos, un tesoro de seis, fruto de una relación con el primer malandrín que se cruzó por mi camino, un trabajo de limpiadora que no estaba mal pagado, sino lo siguiente, y mil ilusiones por cumplir.

Sin embargo, me sentía rematadamente feliz. Aunque esté mal que yo lo diga, no todas las personas son iguales de guerreras ni tienen la suerte de haber superado una enfermedad tan cruda como la que yo padecí en mi adolescencia; la leucemia.

Desde el día que recibí el alta, me prometí a mí misma que no dejaría de sentirme dichosa en ningún momento; y por muy mal dadas que vinieran, pensaba cumplir con mi promesa.

Daniela era el motor de mi vida, qué duda cabía. Y también de la de mi madre, que la adoraba. Ella me había echado un gran cable con la niña desde que nació, y ahora me iba a tocar echarla extraordinariamente en falta. Por fortuna, la mujer había pasado a mejor vida y no quiero decir con eso que hubiera que lamentar ninguna desgracia, todo lo contrario.

—Tania, ¿y tu madre? —me preguntó mi vecina Vicky, que llevaba a su nieta al mismo cole que Daniela.

—Está mejor que quiere, pero no veas si la echo de menos. Y al piso también.

Ya no vivíamos donde siempre. Mi madre tenía un alquiler de esos antiguos, de los años de María Castaña, y cuando el casero se enteró de que ella se marchaba y pretendía dejármelo a mí, aprovechó para decir que tururú me iba yo a beneficiar de la renta antigua. Y me quedé compuesta y sin piso.

—¿Y te las vas a poder agenciar sin mí? —me preguntó mirando a su nieta Daniela, a la que adoraba.

—Mamá, ¿no eres tú la que me ha dicho siempre que voy a poder lograr todo aquello que quiera? Pues eso.

Todo porque la “abuela Mina”, como siempre la ha llamado cariñosamente mi niña, no se sintiera triste por su marcha de Ávila, la ciudad donde vivimos.

Y es que resulta que un buen día sus amigas la llevaron por sorpresa a un programa de esos de la televisión en los que las personas prueban suerte en el amor y debió ser su alma transparente la que hizo que saliera de allí con novio, pues Rafael entró por teléfono en directo y poco menos que dijo que se la envolvieran para regalo. De eso había pasado un año, tiempo que ambos estuvieron viéndose los fines de semana, pues él vivía en San Fernando de Henares, en Madrid.

Una vez transcurrido ese tiempo, y dado que los dos se querían mucho, como la trucha al trucho, mi madre aceptó su oferta de ir a vivir con él, aunque con dolor de su corazón por tener que dejarnos. Para lograr que lo hiciera, tuve que compincharme con Rafael y darle un buen empujoncito, pero al final lo logramos.

—Eso sí, tengo unos ahorritos y quiero que la niña y tú vayáis a vivir a un sitio bonito, te lo digo desde ya Tania, o no me muevo de Ávila—me advirtió.

—Pero mami, si a nosotras nos vale con una cajita de cerillas en cualquier ladito—repliqué.

—Pues va a ser que no. Están terminando de construir una urbanización a las afueras que es una monada. Con lo que me voy a ahorrar de alquiler y otro poquito que tú pongas, podemos cogerte un pisito de dos dormitorios, un alquiler de esos con opción a compra. Y ya verás como en dos o

tres añitos te lo puedes comprar. —Ella lo tenía todo pensado.

—Pero mamá, si hay que tener un buen dinero ahorrado para meterse en una compra.

—¿Y qué? Ya en ese tiempo haré yo por ahorrar, que entre mi pensión de viuda y los trapitos que sabes que coso para la calle reuniré un dinerito, ya lo verás.

Mi madre tenía unas manos de oro para la costura y una determinación férrea; ella haría cualquier cosa por no dejarnos “en la estacada” como decía. Vaya, ni que yo fuera una niña...

Total, que cualquiera la contradecía. Y allá que fuimos a parar mi Daniela y yo a una urbanización que era más pija que hecha de encargo. Mi niña se sintió desde el primer momento allí como pez en el agua (que para eso tenía su buena piscina jaja). No, es que ya se sabe que ellos se adaptan a lo que sea, pero a mí me estaba costando un poco más.

En el fondo, yo echaba mucho de menos el sencillo ambiente en el que me crie, que era el que mi hija había conocido también hasta el momento. En aquella urbanización, en la que había desde pisos pequeños como el mío hasta áticos con doscientos metros cuadrados, se respiraban pamplinas por los cuatro costados, y eso no era algo a lo que yo estuviese acostumbrada.

Ahora bien, lo cortés no quita lo valiente y mi pisito era un dulce, ni más ni menos. Cada vez que entraba en él y respiraba ese olorcito a nuevo, se me alegraba el alma.

La decoración también había corrido de la mano de mi madre y hasta Rafael había puesto su granito de arena. Un sabadito de los que él vino a visitarnos, ya teniendo la llave del piso, nos fuimos a Ikea con los planos y allí lo encargamos todo.

Como resultado de tanta buena voluntad, tenía un hogar a estrenar y precioso, todo en tonos claritos que me transmitían una enorme calma, salvo el dormitorio de mi niña, que era una explosión de color.

Las primeras calidades del piso también ayudaban lo suyo, para qué voy a decir lo contrario. No sé a cuál de las dos, si a Daniela o a mí, nos gustaba más pisar en el suelo de tarima con los pies descalzos o disfrutar del sistema de calefacción tan moderno y confortable que nos permitía estar

tan calentitas, pues la primavera se resistía a venir acompañada de sol.

En lo relativo al vecindario, y aunque había de todo como en botica, lo dicho; la mayoría del personal era más tonto que una caída de espaldas... Se salvaban unos pocos como mi vecina Gloria, un encanto de mujer, dueña de varias peluquerías en la ciudad. También había una chica, Camila, que era abogada y con la que hice muy buenas migas. Ella, poco mayor que yo, era de lo poco que se podía salvar allí.

En el otro lado de la moneda estaba Esteban, un sieso de mucho cuidado. Debía tener unos sesenta y cinco años y la cara de tomarse una ración de ostras en mal estado como pisco-labis cada día...

Una bendición de hombre, lo mirara como lo mirase.

Capítulo 2



Esa mañana había llegado a lo justito al cole precisamente por culpa de aquel energúmeno.

Resulta que mi Daniela tenía un tamborcito, de esos de juguete, que le habían regalado sus abuelos paternos, que eran unas bellísimas personas y más responsables con la nieta que su hijo.

En concreto, su abuelo era un apasionado de la Semana Santa y tocaba en una banda de música; de ahí el regalo que le habían hecho a mi niña en su última visita.

La tarde anterior, de domingo, la criaturita se distrajo tocando un poco el tambor en nuestra terracita. Y Esteban, que vivía dos pisos por encima, en uno de esos maravillosos áticos que ya he mencionado, se molestó.

No pensé que fuera casualidad que nos encontráramos por la mañana en mi planta, pues a él no se le debía haber perdido nada allí, pero me lo encontré de cara en cuanto abrí la puerta.

—Chica, quería hablar contigo por lo del ruido que hizo la niña esta ayer por la tarde, que todavía me está doliendo la cabeza.

No puedo acertar qué me molestó más de sus palabras.

—Pues eso digo que yo, que buenos días. Y, por cierto, la “chica” que soy yo, se llama Tania, y la “niña esta”, que además es mi hija, también tiene nombre y es bien bonito, Daniela. En cuanto a lo del “ruido” lo llaman música y, por último, si le duele la cabeza, quizás sea problema suyo y tenga que pedir consulta a su médico. ¿Alguna cosa más?

No hace falta decir que lo dejé sentado de culo, pero es que las suyas no me parecieron formas. De hecho, me sentí dolida y atacada. Al llegar a aquel lugar me había prometido que no me dejaría avasallar por ninguno de aquellos cuentistas.

—Es lo que tienen los muertos de hambre, una falta de educación impresionante—me espetó y yo sentí que se me estaba hinchando la vena del cuello como a los cantaores de flamenco.

Estuve a punto de hacer lo correcto, bien lo sabe Dios, y de informar a aquel carcamal engreído de que todos los trabajos son exactamente igual de dignos. Incluso, en ocasiones, los más humildes mucho más. Me explico, yo me dedicaba a limpiar y por ello me ensuciaba las manos, pero nada que no se quitara con un poco de jabón cuando terminaba. Mientras que muchos tenían los bolsillos llenos de dinero, pero las manos manchadas de una forma que no había quien las limpiara.

En definitiva, que yo era pobre pero muy honrada, y no todo el mundo podía decir lo mismo. Pensando como pensaba, me habrían sobrado argumentos para contraatacar con la verdad, pero me cegué.

—¿A quién llamas usted muerta de hambre? ¿Qué se ha creído?

—A ti, te lo he llamado a ti.

La cara de asco con la que me miró me dejó tan patidifusa que no quise darle ni un solo argumento más para que se atreviera a menospreciarnos a mi niña y a mí.

—¿A mí? ¿Y qué sabe usted de mí para atreverte a tal cosa? ¿Sabe lo que le digo? Que le voy a demandar—le solté y me quedé tan pancha.

—¿A demandarme tú a mí? Sí, hombre... Ni que tuvieras motivos. Y, además, que eso te costaría un buen dinerito, niñata.

—De eso nada, que para algo soy abogada, ¿me ha oído?

Me había oído él y me había oído yo, que me había vuelto una Pinocha en toda regla en aquella comunidad de estirados. No fue premeditado, pero tampoco me exculpa.

—¿Abogada? ¿Tú eres abogada?

Lo cogí de sorpresa, no debía haberme visto mucha pinta de abogada, ¿por qué sería? Pero el caso fue que no lo dudó cuando le di el siguiente argumento.

—Exacto, soy compañera de despacho de Camila, ¿pasa algo?

Por si no había mentido ya lo bastante, le di una vueltecita de tuerca más al tema, que todavía no la había pifiado bastante.

—No, no pasa nada, es solo que no lo sabía.

Se dio media vuelta y, metiendo la cabeza debajo del ala como el avestruz, se quitó de mi vista.

—Mamá, ¿qué es abogada? —me preguntó Daniela y yo me quedé con la sonrisa fija, como si me hubiesen echado un poco de laca por encima.

—Hija, es... un trabajo, como otro cualquiera, vamos, que no llegamos.

—Pero tú limpias en las oficinas del señor Cándido, ¿eso es porque eres abogada?

No acertaba a decirle nada que me exculpara por haber soltado semejante mentira, de forma que le pedí que apretara el paso porque no llegábamos al bus.

Daniela seguía yendo a su cole de siempre, el de nuestro anterior barrio. Yo no habría querido que perdiera sus amistades ni tampoco podido pagar el cole privado que teníamos cerca de nuestra nueva urbanización, de manera que la cosa estuvo clara desde el principio.

La dejé en el cole y fui yo la que tuvo que darse literalmente patadas en el culo para llegar al

curro, donde me esperaba mi compañera y amiga Mari Jose.

—Has llegado a lo justito, ya sabes que Cándido se pone enfermo si no estamos aquí a nuestra hora.

—Sí, hija, es que he tenido un encuentro de última hora con un anormal de mi nueva urbanización y estoy más cabreada que un mico.

—Se te nota, se te nota, ¿son de mirar mucho por encima del hombro?

—No lo sabes tú bien. Más todavía, de mirar como si ellos estuvieran en un universo superior y los demás tuviéramos que rendirles pleitesía.

—Pues nada, les haces una reverencia y después un corte de manga, que eso es lo que le hizo mi hermana a su jefe el día que se fue de la tienda de ropa, que tenía un chiringuito de tres al cuarto y se creía un Amancio Ortega de la vida.

—Ya, si es que de esos hay un montón, pero qué se le va a hacer, la culpa es mía por haberme ido a vivir a un sitio en el que no pego ni con cola. —Caí rendida, me sentí fatal, aquel idiota me había tocado la fibra sensible.

—¿Y eso por qué? Que no se te olvide que nadie es más que nadie, ni siquiera Cándido, por mucho que se crea Dios...

Esa era otra, mi jefe, un déspota que se figuraba que todavía estábamos en la época de la esclavitud y que podía tratarnos a golpe de látigo. Menos mal que mi jornada era solo de mañana, porque de tenerlo que aguantar todo el día hubiera acabado como un cencerro.

Tampoco trabajaba los fines de semana, y a las tres de la tarde ya estaba picando billete y recogiendo a mi niña, que tenía una beca de comedor y almorzaba en el cole.

Después de recogerla me la llevaba para casa y ella me contaba cómo se lo había pasado mientras yo comía cualquier cosita, que ni hambre solía tener después de darle tantas horas

seguidas al mocho.

Capítulo 3



—Camila, ¿puedo pasar un momento?

Mi “compañera de trabajo” vivía puerta con puerta conmigo, por lo que esperé a que mi niña se durmiera para hablar con ella.

—Claro, mujer, ¿te pasa algo?

—Pasarme, pasarme no, pero es que he dicho una cosa que me da un poco de vergüenza reconocerla.

—Pues puedes soltarla tranquila, que después de todo lo que le escucho a diario a los clientes no creo que me sorprenda.

—De todo lo que les escuchamos, que yo soy compañera tuya en el despacho—le solté a bocajarro.

—¿Cómo? No te entiendo...

—Para el tío ese, para Esteban, que yo soy compañera tuya. Es que esta mañana hemos tenido una zapatista y me ha llamado muerta de hambre. ¿Y sabes lo peor? Que, aunque lo puse firme, me hizo sentir muy chiquitita.

—Pues de eso nada, y no te preocupes que yo te cubro. Como me diga algo a mí, por mis narices que le digo que te van a hacer mi jefa, te lo advierto.

—Ay, Camila, tampoco te pases, que yo no tengo porte de jefa.

—Porque tú lo digas, Tania, que la elegancia no se compra ni se enseña en ninguna facultad, y tú esa la traes de serie.

—Gracias, qué alegría, con lo bajita de moral que estoy.

—¿Bajita de moral? Pues tira para tu casa, que ahora voy yo con dos copas y una botellita de un néctar dulce que te va a poner en órbita.

Gente buena hay en todos lados, y a mí me había tocado la lotería con ella.

—Entonces, ¿tú crees que el sieso ese se ha tragado que soy abogada? —le pregunté de lo más apuradilla.

—Pues claro que sí. y además niña, que tú te expresas estupendamente. Te digo más, no lo eres porque no quieres, pero tú podrías llegar adonde te diera la gana.

—Pero si no terminé ni el bachillerato, Camila, yo salí andando detrás de Vicente y antes de los veinte ya estaba embarazada.

—Razón de más, ahora tienes a la niña ya medio criada. Yo podría ayudarte si te quieres sacar el acceso a la universidad.

—¿Sí? No me veo yo con libros otra vez. Si entre el trabajo, la niña, la casa, las comidas, la ropa, las compras... no doy más.

—Esas son excusas, siempre se puede, solo hay que querer...

—No sé, no sé, pero que si a mí me diera alguna vez por estudiar me haría enfermera, que eso sí que me mola.

—¿Enfermera? ¿A ver? —Se me quedó mirando fijamente, se ponía graciosísima con una copita, por lo que yo iba viendo.

—¿No doy el perfil? —Lo dicho, no estaba yo con la moral muy alta.

—Pues claro que lo das, y de neurocirujana también si quisieras, bobita.

—Deja, deja, que no aspiraría yo a tanto, pero mira, con mi batita blanca sí que me vería.

De ilusiones también se vive, pero que a una le dijeran esas cosas se agradecía una barbaridad.

—¿Y tú cómo es que no tienes novio?

La vida de Camila tenía que ver poco con la mía, pues ella siempre iba de punta en blanco, tenía alguien que le limpiaba la casa y tiempo para acudir al gimnasio por las tardes; lo que viene siendo una vida muy bonita.

—Yo llevo dos años colgada de mi jefe, desde que cumplí los treinta y entré en ese despacho.

—¿Y él no te mira con los mismos ojos?

—No sé si con los mismos, pero ojo sí que me pone... Y lo que no es el ojo, pero está casado.

—Jo, ¿estás liada con un casado? No me digas.

—Como te lo cuento niña. Y mira que yo decía que a mí una cosa así no me iba a pasar nunca, pues si antes hablo, antes me cae encima.

—Es lo que pasa, que no se puede hablar, qué chungo...

Pues anda que estábamos apañadas en las cuestiones del amor, de las que yo estaba temporalmente apartada y ella... No sé lo que era peor. A mi Mari Jose me decía que mejor un *Satisfyer* y olvidarse del resto, pero una albergaba esperanza en el fondo de su corazoncito.

—Ya, pero es que el mercado está para coger una cerilla y un bidón de gasolina, ¿sabes?

—Lo sé de oídas, por mis amigas y tal, pero que yo estoy retirada.

—¿Cómo retirada? ¿Qué dices? ¿Nos echamos otra? —Me señaló a la copa y me pareció una buena idea.

—Eso que te digo, que solo he estado con Vicente y que me salió rana. Ya hace tres años que nos separamos, aunque ni siquiera convivimos nunca, y no he vuelto a salir con nadie.

—Pues sí que tienes un currículum interesante, chica, y me quejo yo...

Desde luego que mi currículum sentimental no era para tierra cohetes, pero tampoco es que a mí me hubiese sobrado el tiempo con mi niña, en cuyo cuidado me centré desde el principio.

Vicente se la solía llevar un par de horas algún día de entre semana y pare usted de contar. Hacía poco me había dicho que tenía novia y que igual se iba a vivir con ella, por lo que era posible que comenzara a llevársela algún finde, pero ya se vería, que andaba muy perdido.

—Sí, sí, de lo más interesante. Menos mal que en lo profesional sí que me va bien, que soy una abogada de prestigio. —Si no hacía una broma al respecto reventaba.

—Claro que sí, chica, ¡un brindis por nosotras!

Al menos comenzaba a ampliar mi círculo social, incluso aquella noche me acosté pensando en lo que hablamos sobre las posibilidades de mi futuro laboral.

Me desperté con los primeros rayos del sol del día y con una sonrisa boba en la cara.

—Mami, ¿me pones el Cola Cao? —me preguntó Daniela, que a menudo abría los ojitos antes que yo, y ya la tenía al lado.

—Claro que sí, mi reina, ¿cómo no?

Capítulo 4



—Como te lo cuento, Mari Jose, que he soñado que era enfermera.

—Yo lo he pensado siempre, que eres súper lista, y que puedes hacer lo que te dé la gana. Yo soy más cortita y me queda mocho para largo, pero tú podrías convertirte en una señoritinga como esas de las de tu comunidad.

—¿Tú crees? Es que además a mí me gustaría comprarme el pisito cuando llegue la hora, y aunque mi madre me quiera echar el cable, de la hipoteca me tengo que encargar yo.

—Pues ya veremos, pero que te digo que yo creo que puedes hacerlo, no como yo, que he nacido para limpiar.

—Porque tú lo digas, que anda que no podrías hacer un módulo de esos de estética, con lo bien que se te da hacer las uñas y tal.

—Eso es verdad, ya me gustaría. —Se miró sus uñas, que siempre las llevaba perfectas y me dio la razón.

—Pues si yo puedo lo uno, tú también podrías lo otro. ¿Sabes lo que te digo? Que nos lo vamos a plantear.

—No sé, ¿eh? Que yo lo de volver a los libros, uff... A mí es que se me daba fatal.

—Excusas. —Ya me veía yo hablándole como lo hacía Camila conmigo...

Soñar es gratis y yo aquel día comencé a hacerlo. Mientras estaba en el parque aquella tarde, y mi niña jugaba, estuve leyendo sobre el acceso a la universidad para mayores de veinticinco años.

—Mamá, mamá, yo quiero un patinete como el de aquella niña. —Me señaló Daniela.

—Cariño, ¿es que a ti te ha hecho la boca un fraile?

En determinados momentos me desesperaba ver que, cuanto más crecía, más aumentaban los gastos.

—¿Un fraile por qué?

Normal que mi niña no conociera aquella expresión que era tan de mi madre.

—Porque pides mucho, hija, por eso.

—Yo solo quiero lo que tienen las demás niñas—me contestó y yo quise que la tierra me tragara, porque mi Daniela no había dicho ninguna tontería.

Razón de más para que me planteara lo de los estudios, ¡qué diantres!

—Mamá, ¿tú crees que yo serviría para ser enfermera? —le pregunté por teléfono mientras mi niña seguía jugando con sus amiguitas.

—Tania, hija, ¿me lo estás preguntando en serio? Claro que servirías para enfermera y para ministra de sanidad si te lo propusieras.

Era mi madre, ¿quién más si no podía soltarme un disparate semejante?

—Claro, claro, y para presidenta del gobierno, mamá, por favor.

—Tania tú eres muy inteligente, desde pequeña me lo decían todos tus profesores. Sin apenas estudiar sacabas muy buenas notas, lo que pasa es que luego se te cruzó Vicente en el camino y...

—Y a mí me entraron las prisas por hacerme mayor antes de tiempo, lo sé. ¿En qué estaría yo pensando?

—Eso da igual, que por lo menos tenemos a nuestra Daniela, lo que debes pensar es que todavía eres una niña y tienes toda la vida por delante para situarte, ¿o quieres pasarte toda la vida escuchando vociferar a Cándido?

—No me dieran más tormento que ese, mamá, que cada día es más capullo. No, no es eso lo que quiero.

—Pues piensa lo que vas a hacer y aquí está tu madre para ayudarte. Como si te tienes que venir a vivir con nosotros, que a Rafael tampoco le importaría.

—Gracias, mamá, ¿Qué haría yo sin ti?

No iba a aceptar ese último ofrecimiento, pero sabía que me lo habían hecho de corazón. En cuanto a lo de prosperar en la vida, eso sí que me lo iba a plantear.

Subimos a casa a lo justo para el baño de Daniela y la cena, ya que a mi niña le gustaba estirar el tiempo como el chicle. El parque en el que jugaba con sus amiguitas estaba situado dentro de la urbanización, que también constaba de pistas deportivas y de un par de piscinas que harían las delicias de mi niña en el verano.

—Sí, sí, porque además aquí se van a quedar cuatro gatos en verano y tendremos las piscinas para nosotras solas—me comentó justamente la noche anterior Camila.

Lógico que la mayoría de aquellos pijos corrieran despavoridos hacia las playas a la primera de cambio, y allí nos quedaríamos la pobretona y gente más pudiente como ella, pero a la que le gustara disfrutar de sus vacaciones en otra época del año.

Para mí es que el concepto vacaciones no existía más allá de un par de semanas en agosto, eso era todo lo que Cándido se estiraba en el año.

Llegué al portal y empezaron a caérseme chorreones de sudor al comprobar que no encontraba las llaves.

—Mami, date prisa, que tengo pis—me decía Daniela dando unos saltitos la mar de graciosos en el aire.

—Cariño, espera, es que mami no encuentra las llaves, pero enseguida voy a dar con ellas.

—¿Tienes algún problema? —Escuché a mis espaldas.

Si lo tenía, en teoría debía irse al ver al dueño de aquella voz tan varonil, pero en la práctica lo seguía teniendo.

—Hola, pues mira es que no encuentro las llaves...

De haber sabido que tendría un encuentro así, me habría arreglado un poco más para bajar, por lo que me atusé un poco el pelo disimuladamente.

—Bueno, puedo ayudarte con esta—me contestó mientras sacaba el manajo de llaves que incluía el mando digital del portal.

—Gracias, si es que tienen que estar por aquí...

—Mami, pues si no las encuentras, yo voy a tener que hacer pipí allí. —Mi Daniela señaló a una maceta preciosa que servía de decoración en la entrada y a mí el sudor se me congeló.

—Hija, qué cosas tienes. —No sabía dónde meterme, no tenía otra persona delante de quien decir una cosa como esa.

—Tengo cosas porque tengo pis, mami, ¿tú cuándo tienes pis te lo puedes aguantar mucho tiempo? Porque yo no.

Para mi desgracia, la destinataria de la pregunta no era yo, sino el que no solo tenía una preciosa voz, sino también una sonrisa capaz de dejarme embobada por los siglos de los siglos. Aquella fue la primera vez que se la vi, a consecuencia del disparate de mi enana.

—Yo no puedo aguantarme nada de nada, si tu mamá no encuentra las llaves, me podéis acompañar a mi casa y allí escoges el cuarto de baño que quieras.

—¿El que quiera? ¿Cuántos tienes? —le preguntó Daniela un tanto extrañada.

—Tres, tengo tres, ¿serán suficientes? —le preguntó con sonrisa burlona.

—Y con uno también, que nosotras solo tenemos uno y nos apañamos divinamente, como dice mi madre.

La locuacidad de mi hija estaba fuera de toda discusión, esa le iba a contar a aquel hombre hasta de qué color llevaba yo las bragas.

—Pues me parece muy bien. Por cierto, yo me llamo Gustavo. —Le extendió la mano a Daniela, bromista, y luego se dirigió a mí.

—Guay, yo me llamo Tania y mi niña Daniela. —No sabía si darle dos besos o no, estaba un tanto desentrenada en la vida social.

—Pues encantado, chicas. —Él no forzó la situación y la cosa quedó ahí.

—Encantada también, Gustavo. —Seguía en mi búsqueda, ¿cómo era posible? Si jamás me había olvidado unas llaves en casa.

—Y yo encantada de que me dejes entrar en tu baño. —Daniela le cogió la mano y yo casi me caigo de espaldas.

—Hija, pero ¿qué confianzas son esas? —le pregunté. A mí no salía en eso, yo siempre había sido mucho más pava.

—No te preocupes, que a mí me encantan los niños, mujer. Y más si son tan graciosos como Daniela, que tiene una verborrea buena—me aclaró.

—¿Una verborrea? No, yo lo que tengo es pis...

Qué bonita es la inocencia y mi niña de eso, como no podría ser de otra manera, tenía un buen puñado.

—Pues no se diga más, acompáñenme, señoritas—nos indicó y subimos al ascensor.

—¿En un ático? ¿Vives en uno de los dos áticos?

Tales eran las dimensiones de estos que solo había dos en la planta.

—Sí, en el A, ¿por...?

Capítulo 5



Todo lo que me pasaba a mí era igual. Me lo quedé mirando fijamente y vi que y tanto que era posible. Aquella guapura humana compartía ciertos rasgos físicos con Esteban, algo en lo que yo no había reparado hasta ese instante.

Bien debían ser solo físicos porque este era la amabilidad hecha persona y el otro no parecía poseer esa virtud ni haber siquiera oído hablar de ella.

—Porque yo creo que conozco a, ¿puede ser tu padre?

—Justo, su padre, sí...

Imposible ser más oportuno, su bendito padre acababa de abrir la puerta justo en ese momento, pues parecía querer salir, y fue quien me contestó.

—¿Os conocéis? —preguntó Gustavo mientras el color de mis mejillas iba recordando a un buen par de tomates en rama, de esos tan coloraditos.

—¿La abogada y yo? Sí, claro que nos conocemos, ya hemos cruzado más de una palabra—le soltó él y, sin ni siquiera mirar a Daniela, salió andando.

—Está enfadado porque toco el tambor, solo es eso, ¿dónde está el baño? —le preguntó y él le señaló el del pasillo.

—Veo que ya has tenido el placer de conocer a mi padre, y lo siento—me comentó invitándome

a sentarme en el sofá de un salón en el que podían celebrarse carreras de caballos y en el que no solo no había muebles de Ikea, sino que no deberían conocer la tienda sueca ni el concepto *low cost* en general.

—Digamos que a él le molestó que mi niña tocara el otro día el tambor en el balcón, como ya te ha avanzado ella misma.

—Digamos que es una aguafiestas de mucho cuidado, no te preocupes que no estará aquí demasiado tiempo.

Sentí un alivio como cuando una tiene unos gases de espanto y termina por quedarse sola, creo que me explico, que aquello va saliendo hasta que recuperas las ganas de vivir.

—¿Él no vive aquí? —le pregunté deseando saber.

—No, el ático es mío, lo que pasa es que me he llevado una temporada fuera, impartiendo un máster, y se lo ofrecí para que reflexionara un poco, porque mi madre dice estar al borde del divorcio.

Qué poquito me extrañaba, lo que no podía concebir es que nadie estuviera casado con aquel amargado.

—No me digas, pues no imagino ninguna razón para ello. —Me sentí tan a gusto con la noticia de perderlo pronto de vista que me permití bromear un poco.

—Yo tampoco, igual es que la mujer es demasiado tiquismiquis...en serio, mi madre, por alguna extraña razón que ni en mil vidas acertaré a comprender, siempre ha estado enamoradísima de mi padre. Y mira que no es por fardar, pero es un bellezón de mujer, igual que tú, por supuesto.

Me comía ese “igual que tú”, cómo se había dejado caer el muchacho.

—Gracias, normal que no aciertes a comprenderlo, pero cada pareja es un mundo. Vamos, digo yo, que no es que sea precisamente una experta en la materia.

—¿No tienes pareja? —Se apresuró a preguntarme y también se apresuraron mis mejillas a colorearse de nuevo.

—No, bueno... el padre de mi niña y yo acabamos hace unos años y después las cosas no me han resultado fáciles en ese sentido.

—Pues mira que me cuesta creerlo, cualquier estaría encantado de tener a una mujer como tú al lado.

La que estaba encantada era yo, que además me hacía una faltita tremenda que me alegraran el oído. Y la que debía estar igualmente encantada era mi niña en el baño, porque no salía de allí ni a tiros.

—Daniela, hija, ¿se puede saber lo que estás haciendo tanto tiempo ahí?

—Cacota, mamá, que ahora me han entrado también ganas.

Cómo no habría supuesto yo que iba a ser así de explícita. Si algo tienen los niños es naturalidad y la espontaneidad es una constante en sus vidas.

—Lo siento, es que ya sabes cómo son. Bueno, ¿tú tienes hijos? Que igual estoy hablando de más también.

—No, ni hijos ni pareja ni perrito que me ladre. Por no tener, no tengo ni plantas como puedes ver a las claras.

Era cierto lo que decía, como también lo era que con su padre le bastaría y le sobraría, menos mal que se trataba de algo puntual.

—Pues entonces no te coge curado de espantos, a no ser que tengas sobrinos.

—Me temo que tampoco uso de eso, soy hijo único—me aclaró.

—Pues entonces únete al club, yo también. Y por la parte que le toca a Daniela, me parece que va por el mismo camino.

—Pero eso es una tontería, si tú eres jovencísima, me cuesta creer que ya seas abogado.

Tuve que tragar saliva y lo hice ruidosamente, porque me sabía peor que fatal el que Gustavo se hubiera creído aquella patraña. No, no podía engañarlo, a él no, no parecía merecerlo.

—Bueno, verás, en realidad...

—¡Mamá! ¿Puedes venir a limpiarme? Esto es culpa de las lentejas, que me sueltan la...

La quise matar, pero en su lugar salí disparada hacia el baño con la idea de limpiarla y llevármela de allí, que aquella pequeña impresentable no paraba de dejarme en evidencia.

—¡Perdona un momento!

—¡Cuidadoooo! —vociferó Gustavo al ver que me iba a dar con todo el pico de la mesa de cristal...

Me la comí enterita y no sé cómo no me partí el hueso de la cadera. De resultas de aquello, también me salió volando el bolso y mis llaves sonaron, ¿dónde estaban?

—¿Te has hecho daño?

Él sí que corrió a socorrerme... Ganas de llorar tenía, qué leche me había dado con la mesa.

—Mamá, ¿estás bien?

Hasta mi pequeño trasto se preocupó más de la cuenta por el revuelo formado.

—Sí, cariño, pero ten paciencia, que me he dado...

Ni terminar me dejó la pequeñaja.

—¿Te has dado una ostia terrible como dice el Recio?

Dolerme me dolía cantidad, pero me tronché, lo mismo que Gustavo, que alucinó con la salida de la niña.

—No te creas que la dejo ver esa serie, pero es que a mí me encanta y más de una noche, cuando me he querido dar cuenta, se ha levantado de puntillas de la cama y escondido detrás del sofá para escucharla.

—Veo que estás entretenida, entre eso y tu trabajo, tienes una vida la mar de interesante, “abogada”.

Dijo lo de “abogada” con un tonito que me hizo derretir, por lo que me sentí incapaz de darle más explicaciones al respecto. Craso error, pero entré al trapo.

—Sí, sí que lo es. —La interesante, directamente, me la hice yo.

—¡Mamá...!

No voy a contar lo que le había pasado a la niña en el baño porque resultaría demasiado escatológico. Solo diré que casi me tengo que quedar allí a echar horas extra en lo que era mi verdadero trabajo; la limpieza.

De allí salimos para nuestra casa, no sin antes inspeccionar mi bolso y ver que el problema estaba en que se le había roto el bolsillo interior y las llaves quedaron atrapadas.

—Qué boba, ni cuenta me había dado, lo siento—me disculpé.

—¿Qué tienes que sentir? Esto nos ha dado la oportunidad de conocernos, aquí somos todos nuevos y apenas sabe uno quién tiene arriba o abajo.

—Tú arriba tienes ya al Niño Jesús, porque no hay más vecinos—replicó una Daniela que siempre estaba sembradita, pero aquel día mucho más.

—Y tú cállate ya, pequeña resabiada—la reprendí un poquillo porque ella si no se embalaba.

—Déjala mujer, que es muy salada. Y te repito, ha sido un verdadero placer, espero volver a veros pronto.

Yo sí que lo esperaba...

Capítulo 6



El “pronto” de Gustavo se tradujo exactamente en tres días, el tiempo que tardó en bajar una tarde al parque.

—¿Se puede saber qué libro lee una abogada? —me preguntó y yo me quedé totalmente cortada porque lo que tenía entre manos era una comedia romántica.

—Esto, nada que ver con trabajo—le contesté mientras él le echaba un vistazo a la portada.

—Pues normal, mujer, que también hay que evadirse del curro. Ya me contarás un día cuál es tu especialidad.

Mi especialidad, estaba apañada como se lo tuviera que contar, menos mal que Camila me podría poner un poquito al día.

—Cuando quieras, pero hoy prefiero no hablar de trabajo, que estoy un poco saturada.

Lo que estaba, lo que verdaderamente estaba, era fascinada. Gustavo no había bajado al parque por casualidad, que aquel era un parque infantil y como él bien dijo no tenía ni perrito que le ladrara.

—¿Qué te parece cenar un día de estos?

—¿Cenar? —La sonrisa boba se me tuvo que ver sí o sí.

—Sí, mujer, que cenar supongo yo que cenarás, ¿no? Pues para mí sería un honor que me acompañaras, porque también tengo esa extraña costumbre.

—Ya, lo que pasa es que no creas que tengo muchas posibilidades de hacer esas cosas con la niña. Verás, mi madre, que es mi gran apoyo, ha encontrado pareja y se ha ido a vivir a San Fernando de Henares.

—A mí no me molesta la niña para nada, ¿eh? Pero que si lo prefieres también podríamos quedar para merendar, ya sabes que tengo una terraza y podría traerse sus juguetes.

Qué humilde era, “que tengo terraza” decía, como si la suya no fuese la madre de todas las terrazas. Si yo tuviera una de esas, me costaría la misma vida meterme para dentro, y eso que el ático era para alucinar de cabo a rabo... Mala expresión la de “meterme para dentro”, que yo estaba muy faltita y el morenazo de ojos verdosos aquel, muy bueno.

—Ok, pues lo mismo un día de estos, ¿vale?

—Claro que vale, que me interesa saber qué haces exactamente, a qué te dedicas y demás.

Me cachis, no le podía interesar que habláramos del tiempo, no sabía cómo salir de aquella y la montaña cada vez se iba a hacer más grande. En ese momento no me veía preparada para decirle que le había mentado a su padre y a él, de paso. Ya cuando tuviera más confianza la cosa cambiaría, pero así...

—Oye, ¿y tú?

—Yo, ¿qué?

—Que a qué te dedicas tú, que no has soltado prenda...

—Yo soy médico, trabajo en urgencias.

Madre del amor hermoso, con lo que me ponía a mí de toda la vida de Dios una bata blanca, era

lo que me faltaba por escuchar.

—¿Médico de urgencias? Alaa, qué interesante.

—Y qué estresante también, no creas que es oro todo lo que reluce. Mi trabajo en sí me tiene constantemente con los cinco sentidos puestos, por eso me evado también con la docencia, impartiendo clases en másteres.

¿Se podía ser más interesante? Médico de urgencias y formador de futuros sanitarios. No quería que me pasara, es más, sabía que no podía permitir que pasara, pero me comencé a sentir pequeñita a su lado. Y no me refiero de tamaño, que yo mi 1,75 lo tengo, sino que me resultaba imprescindible crecer laboralmente, tener más cosas que contarle.

—Supongo, ¿y llevas mucho tiempo ejerciendo?

—Unos añitos ya, aunque se me ha hecho muy corto. Yo tengo treinta y seis, echa cuentas, desde que aprobé el MIR.

—Pues sí que es tiempo.

—¿Y tú? ¿Cómo es que fuiste madre tan joven si es que puede saberse?

Me ruboricé, ¿acaso eso le daría la impresión de que había sido una cabeza loca? Ojalá que no, y eso que él no sabía que tiré toda mi vida por la borda por seguir a Vicente, que yo no es que fuera la estudiante más brillante del mundo, pero me hubiera podido sacar algo como cualquiera.

—Cosas que pasan, una era joven e inexperta y un buen día me di cuenta de que tenía un retraso... Ya sabes cómo va esto, te haces una prueba, te llevas un susto de muerte y te ves tomando decisiones que no son las que deberías porque no eres más que una niña.

—Y tú tomaste la más valiente de todas, y he ahí el resultado; un resultado tan precioso como su mami.

—Gracias—no pudo gustarme más su comentario—, sí que es bonita mi niña.

—Sí, tanto como su madre—insistió y volví a ruborizarme.

—Gracias de nuevo, eres muy amable. —No quería que se me notara el corte, pese a mi juventud, se suponía que yo era una abogada y que debía estar en el mundo, con mis compañeros y demás.

Fantaseé un poco, ya que él podría pensar que yo era Meghan Markle en “*Suits*” la serie de abogados de Netflix que tanto le gustaba a mi madre. Ya quisiera yo ir al trabajo la décima parte de maqueada que ella, que daba gusto verla.

Aparté ese pensamiento de mi mente, porque ni tenía que ver con el outfit que yo llevaba para limpiar ni habría sido plan con un jefe como Cándido que, encima de que era un déspota bueno, también tenía la virtud de que se le iban los ojos hacia donde no debían con Mari Jose y conmigo.

Por cierto, que mi amiga iba a flipar cuando le contara lo de la invitación a cenar o merendar y demás. Lo mismo yo era muy inocente, pero no tenía la sensación de que me estuviera queriendo llevar al huerto...

—¿Y el padre de la niña? ¿No es demasiado colaborador?

—¿Vicente? No, lo justo y necesario, como dirían en misa. Con decirte que ni siquiera ha pernoctado nunca con él, con eso te puedes hacer una idea.

Me había quedado muy fino lo de “pernoctado”, seguro que Camila me lo habría dicho.

—¿Ni una sola noche? Pues sí que se deja caer.

—No, ahora dice que igual comienza a hacerlo, que se va a ir a vivir con su novia, pero eso tienen que verlo mis ojos; que él prometer, promete mucho.

—¿Y económicamente se hace cargo de ella?

—Pues igual, lo justo y necesario, no va para tirar cohetes, vaya, más bien lo mínimo para que no lo denuncie.

—Sinceramente no sé cómo algunas personas tienen hijos para eso, para ocuparse lo mínimo, no lo entiendo.

—Es que, si por Vicente hubiera sido, te lo digo con toda la sinceridad, nos habríamos deshecho del problema y santas pascuas, la niña no estaría aquí hoy.

—Qué triste, lo siento. —Su tono se correspondía con sus palabras, mi confesión le chocó.

—Que no te digo con esto que no la quiera, ¿eh? Que además es muy payaso y ella se lo pasa bien cuando están juntos, pero que tampoco luchó ni lucha, es un cerebro de guisante.

—Entonces no os merecía a ninguna de las dos e hizo muy bien en dejarte el camino libre para que encuentres a alguien que os valore como merecéis.

Su forma de decirlo, unido a cómo me miró en ese momento, hizo que me elevara, que mis pies no creyeran rozar el cielo...

—Gracias—murmuré.

—No tienes por qué darlas, te lo digo de corazón. Y ahora no te doy más la brasa, ¿puedo bajar de vez en cuando a que charlemos un ratito? —me preguntó y ya me pareció el colmo...

Capítulo 7



—¿Y tú qué le dijiste? —Mari Jose tenía los ojos como platos cuando se lo conté a la mañana siguiente.

—Pues que sí, qué le voy a decir, que claro que sí, ¿te imaginas que le digo que no?

—Lo hubieras dejado con toda la cara partida, pero que a ese le dices que no y baja igualmente, que me imagino que es el típico de “*Cuando un hombre ama a una mujer...*” de Melendi.

—Ay, qué te gusta ese Melendi. —Ella era fan número uno.

—Pero gustarme, que por ese me dejaba yo hacer un niño y una legión de ellos, todos ahí mini Melendis. Ay, Dios mío cómo me pone ese bandido.

—Lo sé, pero que nosotras también nos merecemos amores reales, ¿o no?

—Claro, claro, sobre todo tú, que ya te va llegando. Lo mío ya veremos...

—Oye, que yo no he hablado ni una hora con él, no te creas.

—Pero no te va a dejar ni a sol ni a sombra. Ya verás cómo esta tarde vuelves a verlo.

Efectivamente, y eso que era tarde de sábado y, en teoría, él tendría muchas cosas que hacer. Y nosotras no tendríamos que estar allí en un día así, lo que pasaba era que Cándido tenía una inspección y nos había pedido “el favor” de que fuéramos.

—Previo pago de su importe—le dijimos las dos poniendo la mano, que ese para pedir servía mucho, pero para dar ya bastante menos...

Y sí que se dejó caer ese día, porque no le quedó más remedio, desde luego. Con el dinerillo extra que gané estaba pensando en comprarle a mi niña un par de conjuntitos de verano, aunque mi madre y su novio no tardarían en venir a vernos y le llenarían el armario de ropita, como si lo estuviera viendo.

Si no lo habían hecho ya era porque estaban en Palma de Mallorca, en una de esas excursiones del INSERSO que tanto disfrutaban. Yo no podía estar más contenta por ella, que nunca tuvo ocasión de viajar y ahora con Rafael no pararía quieta.

A todo esto, me tuve que llevar a Daniela conmigo al trabajo, algo que no me había sucedido antes, pero es que tampoco había trabajado nunca en fin de semana.

—Mamá, ¿y cuándo salgamos no podemos ir al Burger King? Porfita, yo quiero una corona de princesa. —Juntó sus manitas, anda que no sabía cómo ganarme.

—Ya veremos, Daniela, que tengo en casa un puré de patatas que también está muy rico, hija.

—¿Un puré de patatas? ¿En sábado y con lo bien que me estoy portando? Eso es un castigo.

Sabía más que Briján mi niña y yo me tenía que reír a la fuerza con ella.

—Bueno ya veremos, ¿qué has estado haciendo? —La había dejado en la entrada, peinando a sus muñecas.

—Ya me he hartado de peinar, así que después le he arreglado los cajones al señor Cándido.

Hay una distancia de unos quince metros desde donde yo estaba hasta el despacho de mi jefe, pero la recorrí de un salto. Y ella detrás de mí.

—Daniela, ¿qué has hecho?

La que había liado mi particular pollito, con la mala baba que se gastaba el jefe y con todo regado por encima de la mesa... ¿cómo me las iba a apañar para dejarlo todo igual que estaba?

Era la hecatombe, y eso que en ese preciso instante todavía desconocía el dato de que él estaba a punto de llegar. Fue en el momento en el que escuché la llave de la puerta de entrada y sus pasos en el pasillo cuando me vi de patitas en la calle.

—¿Se puede saber lo que está pasando aquí? —me preguntó abriendo tanto los ojos que pareció un sapo, ya que se le quedaron saltones.

—Que he ordenado su mesa, señor Cándido, que no me gustaba como la tenía. Pero yo sola, ¿eh? Que mi mamá es muy limpia y no para de fregar. —Adoptó ella el gesto de la ratita presumida fregando y barriendo y yo creí que me moría de la risa, pese a todo.

—Cándido, lo siento mucho, pensé que seguía peinando a sus muñecas, no imaginé que se había colado aquí...

—Si es que hay que tener más cuidado con las cosas, imagínate que hubiera tenido algo importante en los cajones y me los tira o algo, pero vamos que son cosas de críos.

—Sí, sí, cosas de críos...—añadí.

¿Eso iba a ser todo? Yo habría jurado que me iba a caer la monumental, la más grande al más puro estilo Rocío Jurado, pero se ve que se hizo el cargo de que era una niña y de que yo no podía tener ojos hasta en la nuca, después del favor que le estábamos haciendo.

—Anda, déjalo y llévatela.

Le echó una sonrisilla y Daniela, ajena a lo que yo pensaba de él, se la devolvió.

—¿Sabes que mi madre y yo vamos a ir al Burger King cuando salgamos de aquí? —le preguntó.

—No, no lo sabía, ¿y qué se come allí?

Me pellizqué para ver que no estaba soñando, lo mismo lo que pasaba es que los niños sí le gustaban, pero debían ser los únicos seres humanos que gozaran de ese privilegio.

—Se comen hamburguesas, patatas y helados, o sea, todo lo bueno que hay en el mundo. Pero patatas fritas, ¿eh? No el puré de patatas que mi madre tiene en casa, que ese está un poquito asqueroso. —Le hizo un gesto vomitivo y Cándido se rio.

Yo, que no sabía que pudiera hacerlo, me quedé helada, porque ese hombre no podía habernos mostrado siempre a sus trabajadores una cara más amargada.

—Ahh, muy bien. ¿Y tú cómo te llamas?

—Yo me llamo Daniela, y usted es el jefe de mi madre, el señor Cándido.

—Eres una niña muy educada, Daniela. —Sin duda lo diría por lo del “señor” que, con lo clasista que era, le tuvo que hacer engordar varios kilos.

—Sí, ya lo sé—le contestó ella en el colmo de la inocencia.

—Pues mira, por educada, te voy a dar esto para que convides a tu madre a almorzar.

No es que fuéramos a llegar a la luna, que le dio veinte euritos, pero que no lo esperaba yo ni en broma.

—No hace falta, Cándido, de verdad...—añadí.

—Ya sé que no hace falta, mujer, pero que para mí es un gusto.

—Bueno, en ese caso, gracias—murmuré.

Estaba distinto, no podía ser solo la presencia de la niña, porque la que le había organizado en los cajones era suficiente para que hubiese montado en cólera y en todo lo montable. Y, sin embargo, le profesó un trato de lo más amable y cariñoso. Mejor así.

—Es muy simpático el señor Cándido—me comentó Daniela mientras mordisqueaba su hamburguesa.

—Sí que lo es, cariño. —Para qué iba a entrar en pormenores, que mi niña tenía que vivir feliz y ajena a cualquier problema.

Al terminar de almorzar, se fue al parque de bolas. Desde allí me sonreía y yo aproveché para hacerle un puñado de coloridas fotos.

Por la tarde se las enseñé a Gustavo y es que, tal y como profetizó mi amiga, él volvió a bajar al parque...

Capítulo 8



—¿Y qué habéis hecho esta mañana? —me preguntó sonriente.

—Pues yo he trabajado unas horitas y Daniela mientras ha estado a sus juegos y a sus cosas. —
No era mentira, que no le dije en qué.

—¿Y sueles trabajar los fines de semana?

—Normalmente no, que los reservo para la niña, pero en esta ocasión me ha tocado—le
expliqué.

—Eso está bien, yo también procuro reservarlos, aunque no tenga niños, a excepción de las
guardias.

—No los tienes, pero te gustan, eso se nota.

—Sí, sí que me gustan, lo que pasa es que mi vida hasta ahora ha sido muy ajetreada y nunca he
sabido dónde iba a poner el huevo. Es una expresión hecha, ¿eh?

—Claro, claro, los niños no vienen de los huevos, bien que lo sé yo...—Me eché a reír.

—¿Te dio mucha lata Daniela para nacer?

—Bueno, lo normal de las primerizas, ya sabes... Un buen montón de horas, pero nada más.

—Ya verás, la siguiente vez será más sencillo. Siempre suele serlo.

—¿La siguiente vez? No sé, no sé qué decirte.

—¿Te plantas con uno? No, yo te veo cara de campeona, seguro que vas a por más.

—Ya, si yo campeona sí que soy, pero que si algo me ha enseñado la vida es que los hijos son cosa de dos. Y cuando te toca sacarlos adelante sin el otro, la cosa se complica.

—Lo sé, lo sé, pero que no siempre tiene por qué ocurrirte igual, ¿o es que has perdido la fe en los hombres?

—No sé, la verdad es que no me lo he planteado. Ya sabes, será este frenético ritmo de vida que llevamos todos, que no nos deja pensar a veces en las cosas importantes de la vida.

No le mentía, después del desengaño que me había llevado con Vicente, fui por la vida un poco como pollo sin cabeza.

—Ya, es que tu trabajo dicen que es de lo más estresantes, no se para de pensar en un caso y en otro y tal. Y luego la preparación de los juicios, lo de la fase de alegaciones, que es un alarde total de improvisación... Sinceramente, a mí me parece admirable.

A mí lo que me parecía admirable es que él le diera tan poca importancia a lo suyo para ponderar lo de los demás.

—Un poco estresante sí que es...—No podía abordar el tema sin llevarme semejante pellico en el estómago que me dejase tarumba.

—¡Mamá! ¿Me columpias un poco? —Daniela ejerció de salvadora, porque yo quería zafarme del tema.

—Claro que sí, mi niña, ahora mismo voy. —Me levanté y, pese a mi juventud, era tal la panzada de limpiar que Mari Jose y yo nos dimos esa mañana que se me notó el dolor de

lumbago en la expresión.

—Estás dolorida, ¿qué te pasa?

—Es la lumbalgia, que de vez en cuando me da lata, un fastidio.

—¿Te pasa desde el embarazo? A menudo suele ocurrir.

—Pues igual sí, aunque nunca le he echado mucha cuenta.

De nuevo no le mentía, no sabía demasiado bien desde cuándo me sucedía, porque para mí limpiar era lo esencial y, si algún día me dolía hasta la campanilla, me levantaba, me tomaba una pastilla y santas pascuas.

—Estate quieta, por favor, yo la columpio—me ofreció.

—No, hombre, que la niña es muy cansina y como te coja no te suelta, si la conoceré yo.

—¿Y acaso tengo algo mejor que hacer? Déjame, por favor, será un placer.

Sin más se levantó y se fue para Daniela. Los escuché hablar entre ellos, aunque no entendía lo que decían, y vi que ella soltó una tremenda carcajada de esas suyas que se me antojaba el sonido más alegre del mundo.

Daba gusto verlos... Increíble pensar que Gustavo fuera hijo del cascarrabias de Esteban, por quien por cierto no había vuelto ni a preguntarle, que no me gustaba ni mencionarlo.

Los miré y, desde lejos, le pedí permiso al guaperas para sacarles unas fotos. Yo no es que entendiera ni papa de fotografía, pero me encantaba coleccionar momentos bonitos, y la risa de Daniela mientras la columpiaba me señaló que era de esos que merece la pena inmortalizar.

De allí los vi ir para el balancín y, claro, la diferencia de peso hizo que él tuviera que regular el balanceo.

Estaba tremendo, Gustavo crujía y yo, que llevaba una eternidad en dique seco, me tuve que quitar la chaqueta de lo que me suponía verlo así, con aquella camiseta verde agua, sus brazos petados y el moreno natural de su piel contrastando con esa prenda.

—Es un torbellino, pero un torbellino encantador—me comentó cuando un rato después mi niña lo dejó libre. Habían llegado algunas de sus amiguitas y se puso a jugar con ellas.

—Oye dirás que no te he vuelto a preguntar por tu padre, pero es que sabes que ese hombre no es santo de mi devoción...

—Ni de la mía, no te preocupes. —Sonrió.

—Ya, ¿y tiene para mucho en tu casa?

—No, les he regalado a él y a mi madre un viaje a Austria para dentro de unos días, era una ciudad que tenían muchas ganas de ver y así mato dos pájaros de un tiro. —Dejó los ojos en blanco e hizo una graciosa mueca.

—Qué cosas tienes, me haces reír...—le solté y en automático me quedé parada por si había sonado demasiado pavisosa.

—¿Sí? Entonces objetivo cumplido, me gusta hacerte reír. Y en cuanto mi padre se vaya tenéis que venir a merendar a casa, me lo prometiste—entonó igual que Simba en “El Rey León” y volvió a hacerme reír.

—¿Yo? Pero si no te he prometido nada...

—¿Que no? Pues entonces lo habré soñado, pero tenéis que venir igual, para el finde que viene ya estaré solo, así que no tendréis excusas.

Había tenido potra y no volví a ver a Esteban en esos días. A mí se me hacía muy fuerte cruzarme con ese hombre que me había despreciado sencillamente porque le salió del alma. Su

hijo era un encanto total, pero él era un bicho y no me apetecía verlo ni lo más mínimo.

Al menos un par de horas permaneció Gustavo con nosotras allí abajo y ese día dio un pasito más.

—Creo que me toca ser presidente de la comunidad, ¿me das tu teléfono? Es que voy a necesitar el de todos los vecinos, ya sabes. —Estaba de broma, obviamente.

—Ya, si no fuera por el pequeño detalle de que la presidencia comienza por el primero y tú vives en el ático, hasta habría colado.

—Vaya, te agarras a un pelo, ¿eh? Cómo se nota que eres una picapleitos y, además, me apuesto lo que quieras a que de las buenas.

Nuevo jarro de agua fría y más ganitas que tenía yo de que se deshiciera el entuerto. No obstante, a pesar de mis ganas, más alimentaba una mentira que cada vez se iba haciendo más y más gorda.

—Tómalo, anda. —Sobra decir que yo estaba deseando dárselo.

—¿Os vais a dar los teléfonos? —Ya teníamos a Daniela al lado, que comenzaba a refrescar y venía a por su chaqueta. —¿Os vais a mandar mensajitos como los novios?

Quién sería la madre que la trajo al mundo, qué vergüenza pude sentir... Menos mal que las carcajadas de Gustavo le quitaron todo el hierro al asunto.

Capítulo 9



—Mari Jose, de esta tarde no pasa que vaya. Te digo que en octubre me comienzo yo a preparar el acceso a la universidad—le comenté el viernes siguiente.

—Y yo te alabo el gusto. Lo mismo hasta me animo y me matriculo también en el curso ese de esteticista.

—Es que tendrías que hacerlo. ¿Te imaginas que dentro de unos años estoy yo trabajando en un hospital y voy a hacerme las uñas a tu gabinete? Es que ya lo veo, lo estoy visualizando.

—Jodía, si me están entrando las ganas hasta a mí, bien se nota que estás ilusionada.

—Sí, es que no ha dejado de bajar ni un día. Se le nota el interés y la niña está encantada con él.

—Ya ves, ¿y tu madre? ¿Qué dice de todo esto?

—Uff, a Carmina no le he dicho todavía ni media palabra, que mi madre está deseando que tenga novio y no va a haber manera de bajarla del burro como se entere de esto.

—Si es que no te va a hacer falta bajarla de ningún burro, ya lo vas a ver.

—¿Tú crees? Jo, cómo me animas. No veas si me gusta escucharte.

—¿Y tú lo dudas? Este chico va por derecho, se le nota.

—El caso es que a mí también me lo parece, pero ¿qué crees que va a pasar cuando sepa la verdad?

—¿Que no eres abogada? Lo va a entender, siempre que se lo digas en el momento adecuado y como tú sabes decir las cosas, tontita. Además, la culpa la tuvo su bendito padre y él sabrá mejor que nadie ponerse en tus zapatos.

—Eso espero, pero es que me da un miedito pensar en ese momento que no veas.

—Déjate de mieditos, que tú vales mucho, niña. Todo se va a solucionar, el chaval seguro que tiene dos dedos de frente y lo deja pasar.

Recogí a Daniela, ese día no me iba a dar ni tiempo de almorzar.

—Mami, ¿y hoy no comes? Si no comes ya sabes, no te vas a hacer grande ni fuerte, tú me lo dices siempre.

Mi niña quería que me hiciera novia del gigante del maíz verde o algo, porque a mí no es que me hiciera mucha falta crecer, pero bueno.

—No te preocupes que ya comeré algo cuando llegue a casa, pero es que mamá se va a apuntar a un colegio también, ¿sabes?

—¿Y eso por qué? Si tú sabes leer, escribir y todas las cuentas, que las haces muy rápida, siempre estás haciendo cuentas.

Pensamos que ellos no reparan en muchas cosas, cuando lo cierto es que son “esponjitas” que se dan cuenta de todo. Daniela me había visto mil veces haciendo cuentas para llegar a final de mes, y eso me convertía para ella en una “crack” de las matemáticas.

—Porque hay que saber más cosas que esas para ganar dinerito, mi niña, por eso.

—¿Más cosas? ¿Y hasta cuándo hay que estudiar, mami?

—Hay que estudiar mucho, mi niña, mucho...

—Pues a mí no me gusta mucho estudiar, yo prefiero jugar. —Cruzó los brazos por encima del pecho.

—Tú y cualquiera, pero la vida no consiste solo en hacer lo que a uno le gusta, hija, también hay obligaciones y conviene cumplirlas si se quiere vivir bien.

—¿Vivir bien es ganar dinerito? —Me hizo el gesto de la pasta con los dedos y casi le pego un bocado.

—Sí, cariño, por ejemplo.

—Pues nosotras ya vivimos bien, que yo tengo un montón de muñecas y la nuestra es una casa muy bonita y nueva.

Me alegraba que pensara así. Ya se le había pasado la perra del patinete, que tenía en mente comprárselo, pero para alguna ocasión especial como su cumpleaños o los Reyes.

Qué voy a decir al respecto, a mí me gustaba mimar a mi hija como a cualquier madre, pero dadas las circunstancias, mejor no hacerlo en exceso. Lo último que deseaba era convertir a Daniela en una caprichosa que me pidiese más de lo que yo podía darle, de forma que procuraba dosificar el tema de los regalos, dentro de que a mi peque no le faltaba de nada.

Llegamos a la escuela de Enfermería porque yo tenía ciertas dudas. Al tener que hacer todavía las pruebas de acceso no podía matricularme, pero sí quería que me orientaran sobre el tipo de acceso que tenía que hacer, las notas de corte y todas esas cuestiones.

Una chica simpatiquísima salió a atendernos.

—¿Esta niña tan bonita viene a matricularse? Pues siento decirte que el mundo va a tener que

esperar para poder tener una enfermera tan guapa como tú, chiquitina.

—No, que yo no quiero estudiar tanto, es a mi madre a la que se le ha metido en la cabeza que quiere ganar más dinerito. —Se echó la peque a reír y la chavala, que me comentó que se llamaba Inma, es que se tiraba al suelo.

—Pero bueno, vaya una sabihonda que está hecha tu niña, me ha dejado loca. ¿Y a ti en qué puedo ayudarte?

—Pues mira no sé ni por dónde empezar, porque estoy más perdida que el barco del arroz. Y veo que ya llega más gente, así que procuraré ser breve.

—Tranquila, mujer, que ninguno de estos chavales se está quemando, todos pueden esperar un poco. ¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

Inma me dio todas las explicaciones y casi había acabado cuando una voz, tras la cola, me dejó de piedra.

—Inma, ¿podrías decirle al conserje que venga a abrirme el aula 2, por favor? Los chavales están esperando para examinarse.

Sí, la hubiera reconocido entre un millón, era la de Gustavo. Suerte que mi niña estaba charlando de lo más a gusto con la chica que teníamos detrás, porque esa hablaba por los codos y no lo escuchó, o habría salido corriendo hacia él como una posesa, ya que comenzaba a adorarlo.

—Ahora mismo le digo que vaya, Gustavo... Perdona, ¿qué me decías? —me preguntó volviéndose hacia mí.

—Nada, nada, que muchas gracias por todo, que me has informado muy bien. Encantada, Inma.

—De nada, mujer, ha sido un placer...

El placer había sido mío, porque cierto que me atendió genial, pero la posibilidad de que Gustavo

me pillara in fraganti me hizo salir de allí como alma que lleva el diablo.

Capítulo 10



Fui incapaz de bajar al parque aquella tarde.

—Daniela, cariño, hoy mami está malita, ¿te importa jugar con las muñecas en casa? Te prometo que esta noche vemos una peli con chuches.

—Vale, mami, cuando seas enfermera ya podrás curarte tú solita, pero mientras te puedo hacer lo de “sana, sana, curita de rana”, ¿quieres?

Me comía por los pies a mi ratona, que no podía ser más linda ni más alegre.

—Vale, cariño, pero ¿podemos hacer una cosa? De momento lo de que mami va a ser enfermera es un secreto entre nosotras, así le daremos la sorpresa a todos más adelante, ¿ok?

—Claro mamá, si yo ya creía que eras abogada y a mí me da igual lo que seas, yo te quiero porque eres mi mami y también porque eres la mejor mami del mundo.

—Y yo te quiero porque eres lo mejor que me ha pasado en la vida, mi niña. —La abracé con todo el cariño del mundo, no había una verdad mayor que pudiera salir por mi boca.

No tardó en llegarme un mensaje, desde que Gustavo me pidió mi teléfono era muy normal que nos wasapeáramos...

“¿Se puede saber dónde os habéis metido hoy? El parque no es el mismo sin sus dos flores más bonitas”

Ya me las tiraba a todas las horas del día. Y eso que apenas nos habíamos rozado las manos en el banco, lo que no quitaba para que yo me hiciese mi propia película y me imaginara otras cosas que me ponían peor que malita.

“Gracias. Estoy en casa, es que se me ha bajado un poco la tensión, creo”

“Sabe Dios en lo que estarás metida, picapleitos. No me extraña que se os baje la tensión, ¿te importa si me acerco por allí?”

“No, claro que no”

Iba a venir, eso no lo esperaba. Miré a mi alrededor y todo estaba limpio y ordenado, como a mí me gustaba, a excepción del reguero de muñecas al que Daniela decía que les estaba dando una medicina “como la que necesita mami”.

Lo que no sabía mi peque era que la medicina que yo necesitaba estaba por entrar por la puerta.

—¿Puedes abrir tú, cariño? Es Gustavo, que viene a vernos.

—¿Sí? Claro, voy a abrirle...

Cómo me gustó verlos entrar por la puerta del salón juntos, a ella en brazos de él.

—Mira, Gustavo, tienes que darle una medicina, mami se ha quedado así como un poco lacia. —
Se echó hacia atrás y se hizo la desmayada.

—No le hagas caso a esta enana, que va a decir que estoy a la muerte, es muy peliculera.

—¿Qué es peliculera, mami?

—Peliculera es lo que eres tú, que tienes mucho rollo.

—Buen rollo es lo que desprende esta casa, me gusta mucho cómo la tenéis—añadió Gustavo.

—Estilo sueco total, ya sabes, Ikea, nada que ver con la tuya—aprecié, pues vaya gusto para la decoración que tenía él. Y vaya cartera, de paso, que eso no se había pagado solo.

—Son dos estilos distintos, pero este no desmerece en nada a ningún otro, de veras que me encanta.

Se quedó mirando, en particular, al nutrido grupo de fotos que teníamos encima y alrededor de la televisión, en las que aparecíamos en mil escenas cotidianas.

—Siempre estoy con el móvil en la mano, ya me vas conociendo, y momento que me gusta, momento que capto.

—Naturales como la vida, créeme cuando te digo que son preciosas. Y ahora, vamos a tomarte esa tensión.

Sacó el tensiómetro de una pequeña mochilita que traía y le pedí a Daniela que guardara un poco de silencio.

—Tranquila, que estos no son como los antiguos, así se caiga el mundo, te la dan bien. Por cierto, la tienes súper bajita, ¿un día difícil?

—Un sustillo que me he llevado, sí, pero que soy tendente a la tensión baja, no te preocupes.

Madre mía, que con mi poca edad a ver si se iba a pensar que una estaba hecha un cacharro, entre el lumbago, la tensión y al saber qué más.

—Pues entonces no pienso moverme de aquí hasta que no la tengas más altita, ¿puedo quedarme esta tarde? —me preguntó y yo pensé que no es que pudiera, es que sería todo un placer que así lo hiciera.

—¿Te vas a quedar? Entonces te enseño la casa. —Daniela lo cogió de la mano y él asintió.

—Esperad, que os acompaño. —Hice el amago de levantarme y no sé cuál de los dos se quejó más, por lo que me quedé apoltronada entre cojines.

—Mira, y este es el cuarto más bonito, el mío, ¿a que tiene un montón de colorines? —Daniela no se cortaba un pelo.

—Sí que los tiene, es precioso, ¿lo has decorado tú solita? —le preguntó él en un tono súper cariñoso.

—Mamá me ayudó un poquito, pero solo un poquito—le explicó la enana, que estaba más feliz que un regaliz.

—El resto de la casa es muy bonito también, os felicito—me comentó al volver al salón.

—Gracias, cabe entera en tu terraza, pero para nosotras es más que suficiente.

—¿Tienes un té o voy a casa a por uno? Te lo quiero preparar para que te suba un poco la tensión.

—No me acostumbres así de bien, que luego me va a costar—le dije tal y como me salió.

—No tendría nada de malo que te acostumbraras. —Toma ya, esa era una respuesta decidida y lo demás, tonterías.

—Bueno, pues entonces ve si quieres a la cocina, están en el mueble esquinero. En la parte de abajo tienes la tetera.

Sí que era yo aficionada a los tés y solía tener bastante variedad. El gusto por esa bebida lo heredé de mi madre. Muchas de las cosas que tenía en el piso me las traje del suyo cuando lo desmantelamos, y la bonita tetera con su bandeja y los vasitos habían ido a parar a mi cocina.

—Es un conjunto muy bonito—me comentó cuando lo estaba sirviendo con mimo. Se notaba

que les ponía pasión a las cosas.

—Yo también quiero un té—nos comentó Daniela muy sonriente.

—Tú no puedes tomar té, no es una bebida para niños, ¿por qué no te coges un Cola Cao fresquito del frigo?

—Porque hoy lo quiero calentito, me ha entrado frío—me respondió la muy novelera de ella.

—Pues entonces no se diga más, marchando un Cola Cao calentito para la señorita Daniela.

Gustavo se levantó y ella le siguió. Él se volvió de repente, y le dio un susto que casi se sube mi niña en la lámpara, tras lo cual se echó la ratona a reír a carcajadas sin poder parar.

—Perdona, pequeña, no creí que te asustaras tanto. —La abrazó él y, para mi sorpresa, le dio un beso en la frente.

Ni su padre había tenido nunca un gesto tan tierno con ella y puedo prometer que, si me faltaba alguna confirmación, supe en ese instante que me estaba enamorando de él.

—No pasa nada, si ha sido muy divertido...—Más se reía ella.

Capítulo 11



—¿La primera vez del todo? Sí que es sorprendente me respondió Gustavo cuando le di las oportunas explicaciones.

No esperaba ninguna llamada cuando sonó el móvil de Vicente. Es más, yo andaba un poco mosqueada con él porque llevaba un par de semanas sin ver a la niña y eso me parecía demasiado.

Si dijera que esperaba gran cosa de la relación entre su padre y Daniela, sería más tonta que el Pichote, no era el caso. Pero sí al menos que él guardara la compostura y que la peque nunca tuviera la sensación de que su padre pasaba olímpicamente de ella.

El caso fue que me sorprendió, porque se excusó diciendo que estaba trabajando a turno partido y parecía ser verdad. Mi ex había sido siempre más flojo que un muelle guita, pero por una vez iba a doblar los riñones.

La razón de su llamada era que ya estaba viviendo con su novia y que me pedía permiso para llevarse a Daniela al día siguiente, que era sábado, y traérmela el domingo por la tarde.

Mi niña, que jamás había escuchado una mala palabra de mí hacia su padre, se había puesto muy contenta. Ella ya conocía a Jenifer, que así se llamaba la muchacha, y le caía bastante bien, entre otras cosas porque era una chiquilla de veinte años.

—Sí, sí, la primera vez del todo, no se la ha llevado nunca. Y mentira me parece que vaya a hacerlo.

—Pero ¿tú te quedarás tranquila si se la lleva?

—Verás, pongamos las cosas en su sitio, Vicente es un bala total, pero no dejaría que a la niña le pasase nada, eso sí que no. Tranquila sí que me quedo, otra cosa será que esta situación le dure, él no se da mucho a las parejas.

—Lo mismo ha madurado, quién sabe, es un paso.

—Sí, sí, que lo es, y hablando de pasos, ¿te parece si pedimos unas pizzas para cenar?

Yo ya estaba mucho más restablecida, pero tampoco me apetecía meterme en la cocina esa noche tan especial.

—Por supuesto, yo me encargo de pedir las, solo tenéis que decirme cuáles os gustan.

—¡Yo quiero una cuatro estaciones! —vociferó la enana.

—Oído cocina, ¿y tú? —me preguntó mientras me hacía una carantoña en la cara.

No era solo Vicente el que estaba por la labor de sorprenderme ese día, porque el gesto de Gustavo también me dejó patidifusa, aunque tremendamente feliz.

—Yo quiero una con ahumados, la que sea. ¿Y tú?

—Yo quiero una marinera.

Hizo el pedido de inmediato. Según me dijo, la pizzería del barrio era de escándalo. Yo no la había pisado, que ese tipo de dispendios lo dejaba para las ocasiones y en el poco tiempo que llevábamos allí no habíamos celebrado nada.

El pedido llegó y Daniela le ayudó a poner la mesa.

—Pero si yo ya puedo, me habéis levantado el ánimo entre los dos—me quejé.

—Tú estás convaleciente hasta nueva orden, te lo dice tu médico y no se hable más.

El tono autoritario con el que me lo ordenó no solo me instó a hacerle caso, sino que me puso una barbaridad.

—Pues nada, me dejaré querer. —Era una frase hecha pero que, en el fondo, debía provenir directamente de mi subconsciente, porque me sentía muy querida y mimada por ellos.

—Mamá, ¿puedo sentar a Wendy a la mesa? —me preguntó Daniela y Gustavo me miró interrogante.

—Es su muñeca preferida, algunas veces dice que es su hermana. Eso cuando están de buenas, que otras hasta me cuenta que están enfadadas.

Daniela era verdaderamente divertida y contaba con una imaginación prodigiosa.

No había tenido ocasión de contestarle cuando vino con ella, tirándole del brazo.

—Wendy, te presento a Gustavo, el novio de mi madre—nos soltó y yo sentí que ardía por dentro.

—Daniela, por Dios, qué cosas dices, hija—la reprendí.

—Déjala mujer, si ha estado muy graciosa. —Se rio él a mandíbula batiente.

—¿No es tu novio? Ay, yo qué sé, como os veo tan juntitos—se defendió ella y, sin darse cuenta, la estaba liando todavía más.

—Ya, hija, come y calla, anda.

Mi madre siempre decía que Daniela estaba sembradita, y en ocasiones así yo pensaba que estaba

en lo cierto, pero que había que sembrarla en un tiesto más apartadito, qué chiquilla...

—Me prometiste chuches con una peli esta noche—me recordó en cuanto terminó de cenar, ya que memoria para recoger sus cosas no tenía, pero para esas cuestiones sí...y de elefante.

—Pero eso fue antes de saber que estaríamos acompañadas esta noche, cariño...

—¿Y? Salvo que me echéis, me encantaría ver esa peli con vosotras y zamparme esas chuches—repuso él.

—¿Una peli de Disney? ¿Tú estás seguro de dónde te estás metiendo? —le pregunté porque no creía que fuese el plan ideal para él en una noche de viernes.

—Totalmente, decidme que tenéis regaliz rojo o me obligaréis a bajar a comprarlo a la barraca—nos interrogó.

—¿Regaliz rojo? ¿También te gusta? Pero si es mi preferido, tenemos una bolsa así de grande.

—Daniela, echándole tela de cuento al asunto, abrió los brazos de lado a lado.

—Sí, hija, grande como una almohada, según tú, va a pensar Gustavo que soy una mala madre, te iba a provocar un pico de glucemia...

—Gustavo no podría pensar jamás que eres una mala madre, chiquitina, sino toda una jabata que saca a esa hermosura de niña adelante con la mejor de las sonrisas.

¿Con qué parte me quedaba? Todas me sacaron la sonrisa “chiquitina”, “hermosura de niña...” Era para comerle ese pico, y encima lo bien terminado que estaba el pico, con esos dientes perlados y perfectamente ordenados en una boca rematada por aquellos voluminosos labios que parecían dibujados.

—Gracias y, por cierto, ¿ya se ha ido tu padre? —le pregunté mientras traían las chuches.

—Sí, se fue esta mañana, a Dios gracias. Ya parece que mi madre está más calmada y dispuesta

para el siguiente asalto, además el viaje ayudará. Aunque esta vez la cosa ha sido más seriecita, que nunca había llegado al extremo de querer perderlo unos días de vista.

Qué poquito me extrañaba a mí que la mujer lo quisiera perder unos días de vista, lo raro era que no optara por hacerlo un período algo más largo, de unos treinta o cuarenta años. O mejor todavía, que se lo regalase a otra, aunque la tercera en cuestión debería ser su peor enemiga para deseárselo tal cosa.

—Lo cierto es que me alegro, para qué te voy a decir lo contrario.

—Nada, nada, la honestidad por delante, que eso es lo más importante.

Cómo me dolía cuando le escuchaba decir una cosa así, me sentía una traidora, una impostora; tenía que reunir las fuerzas para contarle la verdad y además hacerlo pronto.

Capítulo 12



Amanecí con la sonrisa en los labios. Como muchos sábados, en los que Daniela madrugaba y yo me levantaba más tarde, la enana se había metido al amanecer en mi cama.

—¿Hoy me voy con papi, mami?

—Sí, cariño, con papi y con Jenifer, ¿me prometes que estarás bien?

—Claro, si ellos también son muy divertidos. Aunque, si te digo un secreto, ¿no se lo cuentas a nadie?

—Prometido, cariño.

—Gustavo me gusta más, porque él es divertido, pero también se fija en todo y nos pregunta sobre las cosas que nos gustan y eso es guay.

Ella sí que se fijaba en todos, Daniela no era una niña de altas capacidades por los pelos, pero todos sus profesores coincidían en su extraordinaria inteligencia.

—Sí que es guay, cariño sí que es guay.

Se refería, por ejemplo, a lo que comentaron entre ellos después de que “le presentara” a Wendy durante la cena.

—¿Y solo te gustan las muñecas o también más cosas, Daniela?

—Me encantan los patinetes, pero mamá no me quiere comprar uno. —Dios, ya había vuelto con el dichoso temita.

—No es que no te lo quiera comprar, cariño, es que todo tiene su momento. Sé paciente.

—Ajá, ¿y qué tipo de patinetes son los que te gustan? —insistió él y ella se sintió como la reina de Saba, pues por todos es sabido que no se le puede haber mejor regalo a un niño que prestarle atención.

—Me gustan, espera, te lo voy a enseñar en el móvil de mi madre. —Esa era otra, lo bien que se manejaban con los móviles los ratones aquellos.

—Daniela, espera a terminar de cenar, ¿Qué te he dicho del móvil en la mesa? —Tuve que reprenderla o habría salido volando a por él.

Fijo que cuando terminó de cenar, y estábamos los tres en el sofá, buscó la foto del patinete y casi se la mete por los ojos.

—Cariño, que Gustavo ve bien, no hace falta que llegues a esos extremos...

Después de eso, y pese a que estaba de lo más emocionada por ver la peli con nosotros y a la par disfrutar de sus chuches, terminó cayendo rendida. Lo hizo sobre ambos, con la cabeza sobre mis piernas y el resto sobre las de Gustavo.

—No sé si es tu plan ideal de viernes, pero es lo que hay—murmuré.

—No se me ocurre un plan mejor, ¿y a ti?

—No, a mí tampoco. Espera, que voy a llevarla a la camita...

Después de volver caí en la cuenta de que no tenía nada de beber para ofrecerle y me quedé un poquitín cortada.

—No te preocupes, es muy tarde, pero te propongo que, si te apetece, nos tomemos esa copa mañana en mi casa después de cenar, ¿cómo lo ves?

Lo vi maravilloso, cómo lo iba a ver...

—Claro, mañana no estará Daniela y nos libraremos de la peli de Disney, es un alivio, ¿o no?

—O no, eso me da igual, sabes que no es ningún problema. Hasta mañana entonces. —Su mano rodeó ligeramente mi cintura en el momento de despedirnos, dándome un beso en la mejilla, pero muy cerquita de la comisura de los labios.

A pesar de que no pudo tener más tacto y de que no quiso aprovecharse lo más mínimo de la situación, para mí fue lo más parecido a un beso de amor que me habían dado en mucho tiempo.

—Hasta mañana, hermosa—me dijo en el momento de salir por las puertas, y desde las escaleras se volvió para terminar de echarme una última visual.

—Hasta mañana. —Yo no añadí ningún adjetivo, pues me costaba mucho hacerlo, pero sí le obsequié con la mejor de mis sonrisas.

Después me metí en la cama y me costó la misma vida conciliar el sueño por saber que la noche siguiente cenaría con él.

A la hora acordada, Vicente estaba en la puerta.

—¡Papi! —Daniela se echó en sus brazos y me agradó comprobar una vez más que mi niña se iba contenta.

—Hola, Tania, ¿te importa si te presento a Jenifer?

No lo esperaba, pero me pareció fenomenal. Total, qué mejor que conocer a la persona que compartiría el finde con mi niña y su padre.

—Claro, no lo dudes.

Me acerqué el coche y la chiquilla se bajó. Y digo la chiquilla porque si yo era joven, efectivamente ella lo era mucho más. Me llamó la atención que en vez de pretender salir de marcha con sus amigas y tal, estuviera dispuesta a compartir el finde con su novio y la niña de este.

Nos saludamos y me dio buena impresión. La reacción de Daniela con ella y viceversa también me resultó muy gratificante, pues se veía que se tenían cariño.

Una vez que los despedí, me fui pitando a casa de Camila y la puse al día de los últimos episodios de mi serie con Gustavo.

—¿Y no crees que es la ocasión ideal para tirar de la manta? Hoy vais a estar los dos solitos, relajados, creo que podrías darle las oportunas explicaciones.

—¿Hoy? No, necesito un poco más de tiempo. Todavía siento que no tengo la suficiente confianza con él como para abrirme en canal, ayúdame, por fi...

—Si yo te ayudo, claro que sí, pero que igual estás metiendo la pata, eso también deberías tenerlo presente.

—Y lo tengo, lo tengo, bajo mi responsabilidad, venga...

—Mira, lo que tienes que decirle cuando te pregunte por tu trabajo es...

—Espera, espera, que te voy a grabar y luego me lo pongo mientras me esté arreglando.

A media tarde recibí una llamada de Daniela.

—Mami, ¿tú estás bien? —Mi niña era más linda que todas las cosas, qué corazón tenía.

—Claro que estoy bien, enana, ¿y tú?

—Yo genial, papá y Jenifer me han traído a un sitio que hay unos cacharritos para montarse y ella se ha montado conmigo.

—No sabes lo que me alegro, cariño, te mando un beso muy fuerte.

—Vale, mami, pero ¿no te va a dar miedo dormir sola? Es que yo les he contado que tienes un novio, pero que no duermes con él. Jenifer y papá si duermen juntos, ¿tú lo sabías?

Mi niña era el máximo ejemplo de discreción, yo no sabía cómo frenarla cuando sacaba a pasear la lengua.

Colgué el teléfono, muerta de la risa. Hasta entonces no había reparado en que sería la primera vez en mi vida que durmiera sola, qué curioso. Porque, por mucho que Gustavo me pusiera, que me ponía tela del telón, no me veía embarcada tan pronto en esa aventura con él.

—Tú por si acaso, vete de dulce por dentro—me indicó Camila cuando estuve en su casa.

—¿Tú crees? Mira que yo no pienso llegar tan lejos, no me tientes, que no entra en mis planes.

—Es que esos planes no se hacen, surgen... ¿Tú te imaginas que se tercia y te coge con unas bragas de esas de cuello vuelto? Ni se te ocurra, ¿eh? Te vas preparada por lo que pueda pasar.

—No, mujer, tampoco es que use yo de esas, pero no creas que tengo nada tan especial en el cajón. Cómo no hace tiempo que no...

—Huy, huy, ¿tú qué talla de sujetador utilizas? A ver, ¿una 90 puede ser?

—¿Y tú qué tienes? ¿Rayos x en los ojos?

—No, es que ¿sabes lo que pasa? Que mi madre tiene una corsetería y yo he estado muchas veces detrás del mostrador mientras estudiaba, para echarle una manita.

—Anda, así que tendrás monerías...

—Un montón, y tú otro montón de suerte porque tenemos la misma talla, ven a mi dormitorio.

Camila abrió un cajón que haría morir de amor a cualquier mujer coqueta que se preciara. Y yo era una de ellas...

Capítulo 13



... Y allí estaba, delante del espejo, media hora antes de subir a cenar, arreglándome con mimo.

El hecho de que Daniela no estuviera le había dado una vuelta de tuerca a la situación. Con decir que tampoco me había dado un baño relajante desde que nació...

Aquella era la ocasión perfecta para que todo cambiase. Tal cual mi niña salió por la puerta, yo salí a comprar una botella de buen vino que subir a casa de Gustavo. Y me di el caprichito de coger otra más normalita para mí, que descorché a la hora de meterme en el baño, sirviéndome una copita.

Nada más lejos de mi intención que subir borrachuza a su ático, por eso no pasé de una copa, pero algo me ayudaría a entonarme.

Más tarde, con el pelo totalmente alisado, evitando por completo cualquier rastro de encrespamiento, y un sutil pero resultón maquillaje, me subí lentamente el tirante del sujetador, que se me había resbalado; no tendría vida para agradecerle a Camila que me hubiese regalado aquel conjunto tan sexy, en satén negro.

Eché la vista atrás; tampoco había tenido uno así de bonito. Había muchos tipos de vida, y la mía era de las más baratitas, por lo que esas prendas no estaban en mis cajones.

Me sentí arrebatadoramente sexy con ella. No voy a decir que fuera un ángel de esos de los que la firma reina de lencería alardea, pero yo también estaba ideal con el conjunto.

A mis veinticinco años, nada en mi cuerpo delataba mi maternidad. Mi genética es bastante buena y, aunque apenas tuve dinero para cuidarme durante el embarazo con cremas y demás, ni una sola estría recorría mi delicada piel.

Mis senos tampoco se habían visto afectados en lo más mínimo en lo que a firmeza se refiere y, sin embargo, sí que quedaron más voluminosos después de la lactancia de la pequeña.

En definitiva, que la naturaleza me había tratado genial y yo notaba cómo los ojos de los hombres se posaban sobre mí cuando andaba por la calle.

Encima del precioso conjunto, me puse un top lencero en negro, y unos vaqueros grises con unas sandalias igualmente negras que remataron el conjunto.

Las argollas en plata que me había regalado Mari Jose por mi último cumpleaños, y que todavía tenía sin estrenar, le dieron todavía una apariencia más femenina a mi aspecto, por lo que salí “pisando fuerte” que cantaría Alejandro Sanz.

Con mi botella de vino en la mano toqué a su timbre.

—Pasa por favor, y espera que vuelva a poder mirarte, porque me has deslumbrado. —Fue su reacción al abrir la puerta.

Él también estaba ideal con sus jeans desgastados, polo celeste y náuticos.

—Ay, no me digas eso, que me corto. —Me puse las manos delante de la cara.

Me imponía mucho verme a solas con él, razón por la que ya me había pimplado una copita, deseando que pronto llegase un poquito de desinhibición.

—Apenas hace frío en la terraza, he pensado que estaría bien cenar en ella, pero se acepta cualquier otra propuesta.

Eché una ojeada a la mesa que había preparado y concluí que no había ningún otro lugar en el

mundo mejor para cenar que aquel.

—Ni se te ocurra cambiarlo, este es el mismísimo paraíso—le confesé emocionada.

—Era un lugar agradable antes, en el mismísimo paraíso acabas de convertirlo tú.

La noche prometía, había comenzado fuertecita. Aunque para fuerte fue el apretón de nuestros labios cuando él me tomó por el mentón y, clavando esas esmeraldas que tenía por ojos en mí, me besó. La dulzura de aquel beso compitió con su ardor, porque fue tan dulce como ardiente.

—Espero que no te haya molestado, pero es que contaba las horas para poder hacerlo—murmuró mientras me abrazaba cuando por fin nuestros labios se separaron.

—¿Molestado? No, ¿cómo iba a molestarme? A mí también me ha gustado...

Apenas pude terminar de murmurarlo porque sus labios volvieron a envolver los míos, esta vez con más determinación y fuerza aún, si es que eso era posible.

En mi mente, solo una idea... Por Dios que necesitaba una primera copa, que para mí sería la segunda, aunque eso no era algo que tuviera que confesarle. Ni eso ni nada, que para mí aquella no era una noche de confesiones, sino una para disfrutarla desde el primer minuto al último, que para eso no me había visto en otra en mi vida...

—¿Te apetece una copa, preciosa? —me preguntó a renglón seguido como si me hubiese leído el pensamiento, o como si él mismo también necesitara un poco de alcohol en el que diluir la intensidad de lo que estábamos sintiendo.

—Sí, por favor. Espero que sea de tu gusto...

Me había costado lo suficiente como para que fuera de su gusto y del gusto de cualquier sumiller que se preciara de serlo, que hasta tiré un poco de ahorros.

Qué cosas, poco podría él imaginarlo, que para Gustavo que yo era una abogada con unos ingresos cuando menos más que decentes. Pero, en fin, más mérito tenía por mi parte, que mi

buen esfuerzo me costaba ganar lo que valía aquella botella.

—Todo lo que venga de ti ha de ser de mi gusto. Y más te digo, bonita, todo lo que venga de ti me enamora, ya sea una botella de vino o una niña.

Bien se había dejado caer, Gustavo era lo suficientemente inteligente como para saber que Daniela era el eje sobre el que pivotaba mi vida, la niña de mis ojos, mi principio y mi fin.

—Gracias. —Mi escueta respuesta volvió a estar acompañada de una sonrisa que él correspondió con otra aún más amplia.

A punto estuve de decirle que él también me iba a enamorar hasta las mismísimas trancas, pero no tenía el suficiente alcohol en el cuerpo para ello. No es que planeara cogerme una *tajá* como un piano, que diría el padre de Vicente, pero sí coger un puntito que me permitiese vivir el momento, sin pensar en las posibles consecuencias.

Me sentía una quinceañera y no había nada de raro en ello. La llegada de Daniela al mundo cuando yo apenas era una chiquilla supuso para mí la máxima de las bendiciones, pero también me partió la vida en dos.

En aquel instante reparé en que se me habían quedado muchas cosas en el tintero, en que existían muchas emociones que todavía tendría que explorar y, sobre todo, en que lo mejor estaba por venir.

Me asomé a la barandilla de aquella sublime terraza. La luna debió pensar que también estaba invitada a la cena pues totalmente llena, lucía sus mejores galas.

—Apenas habríamos necesitado luces, es increíble la que nos proporciona. —La señalé y Gustavo aprovechó que lo hice, estirando mi brazo, para besar mi cuello.

—Tú sí que eres increíble, bonita. —Me abrazó fuerte y yo pensé que no existía mejor combinación en el mundo que la de esa vista y ese abrazo.

Luego me volví y comprobé que también el verdor de sus ojos podría alumbrarnos durante una velada en la que descubrí en ellos un brillo hasta entonces desconocido para mí.

—¿Sabes? Tus ojos brillan de un modo...—le confesé, no sabía cómo salir de aquello...

—Brillan a la par que lo haces tú, ¿te has visto esta noche? ¿Tú te has parado bien a mirarte?

Avanzó conmigo cogida de la cintura hasta la enorme cristalera que separaba su salón de su terraza. Puede que tuviera razón en lo que decía, pero no era a mí a quien yo quería ver reflejada en esa cristalera...

Lo que a mí me llenaba a la vez la vista y el alma, lo que yo quería descubrir en ella, era el modo en que ambos lucíamos juntos. Y lo que me dijo lo que vi fue que pocas imágenes habrían alegrado tanto mi corazón como lo hizo aquella.

Todavía hoy, si cierro los ojos, puedo vernos sonreír y brillar, como dos pasmarotes, reteniendo una imagen que era la de la viva felicidad. y todavía hoy se me eriza la piel con ella...

Capítulo 14



—Espera, ahora mismo vengo—me comentó cuando sonó la puerta.

—¿Está todo a su gusto, señor? —le preguntó el chico que nos traía la cena que había encargado Gustavo.

—Perfectamente, muchas gracias. Mañana me encargo de acercaros todo...

Normal, claro que tenía cosas que devolver, que tan sabrosas viandas no procedían precisamente de ninguna de las famosas cadenas de comida basura que todos conocemos ni mucho menos.

—Gustavo, esto es de película, ¡y huele que alimenta!

Uno de esos carritos de los hoteles con varias bandejas de plata cubiertas... No había visto nada en una casa.

—Pues mejor va a saber. Y ahora, si me haces el honor de sentarte, voy a servir la cena.

—Cómo no. —Me dirigí hacia mi silla e intuí, por mucho que no lo viera, que sus ojos siguieron el contoneo de mis caderas hasta que llegué a la mesa.

Yo no conocía aquel concepto del chef a domicilio, que permite disfrutar de una lujosa cena en casa sin tener que ensuciarse uno las manos previamente, y aquella fue todo un capricho para el paladar. También el resto de los sentidos se vieron recompensados, pues la presentación era maravillosa, el olor a gloria... ¡un auténtico placer!

—De primero, me he permitido pedir una sopa de mariscos, que todavía lo pide el cuerpo en esta época y en esta tierra, y de segundo un goulash de ternera a la húngara que me han recomendado, todo ello regado con algunos entrantes.

Que me aspen si yo sabía lo que era un goulash o a qué sabía aquello de “a la húngara”, pero eso era lo de menos. Por cierto, que no tardé en comprobar que había acertado de pleno, porque todo aquello entraba solo.

—Tienes un gusto exquisito, nunca...—A puntito estuve de soltarle que no había tomado una cena así de lujosa en la vida, pero me contuve en el último momento.

—Eso sí lo acepto, tengo buen gusto...

A buen entendedor pocas palabras bastan, y él me dio a entender que también tenía buen gusto por la parte que tocaba a las mujeres.

—¿Cómo es que no tienes pareja? —le pregunté de sopetón, mirándole a los ojos fijamente. Hacía tiempo que me rondaba la mente preguntárselo y no me lo pensé.

—Porque no soy un hombre enamorado, esa es la verdad. Me he enamorado pocas veces en mi vida, no soy de los que piensa que hay que tener pareja a la fuerza, solo en el caso de que aporte. Y personas que aporten, como tú, no aparecen por la puerta todos los días.

—Gracias—murmuré.

Ahí sí que me la había soltado para que la recogiera. ¿Me estaba diciendo que deseaba ser mi pareja?

Fue un momento muy controvertido para mí, pues a la euforia inicial se le sumó una extraña sensación, como si fuera la mismísima Cenicienta y a las doce el cuento fuera a esfumarse.

¿Cuál era la parte que más le gustaba de mí? En el fondo, aunque le llamara la atención mi

manera de ser, yo no era la persona que él creía. Dios, ¿por qué tuve que darme de bruces con su padre y contarle aquella majadería? Esteban había tenido la culpita de todo. O no, que yo tampoco tenía que haber entrado al trapo de algo así, en la vida debí hacerlo.

Casi que mejor cambiábamos de tema, aunque el que vino a continuación tenía más que ver con ese de lo que yo hubiera deseado.

—Y bien, ¿cuándo me vas a contar a qué te dedicas exactamente? ¿Cuál es tu especialidad?

Estábamos en esas cuando me sonó el teléfono y yo me sentí salvada por la campana. Aunque más me habría valido que no hubiera sido así.

—Tania, lo siento por la hora, pero tenía que llamarte. Estamos en urgencias, Daniela se ha caído, lo siento mogollón...

—¿En urgencias? —Me puse de pie de un salto.

—Sí, pero no te preocupes, es que se ha caído, estaba jugando con Jenifer y se ha dado un trastazo con un radiador. No le va a pasar nada, pero creo que tendrán que cogerle unos puntos.

—¿Unos puntos? Pero ¿qué se ha hecho?

No pude asustarme más. La niña no había sufrido ningún accidente digno de mencionar hasta ese día, y me puse de un mal humor bárbaro. Aquellos dos me iban a escuchar...

—Lo siento, lo siento muchísimo, Gustavo, pero voy a tener que irme—le dije en cuanto colgó el teléfono.

—¿La niña está bien? No te vas a ir sola a ningún sitio, yo te llevo ahora mismo.

Cogió su chaqueta y me dio la mía mientras escuchaba las pocas explicaciones que podía darle, ya que tampoco era demasiada la información que tenía.

—No te preocupes, que te garantizo que no va a ser nada del otro mundo. Espera un segundo, por favor. Yo trabajo allí, estará con mis compañeros.

Mientras cogía las llaves de su coche, llamó a urgencias.

—Hola, por la voz veo que eres Teresa, soy Gustavo Mendizábal. Os va a llegar una niña, Daniela García, yo voy de camino, es familiar mío, tratadla con todo el mimo, por favor.

—Un millón de gracias...—Le di un abrazo mientras temblaba como una hoja.

—Eso va a ser un simple rasguño y en un rato la tenemos de vuelta viendo una peli de Disney, tranquila, bonita.

Gustavo pisó el acelerador a fondo y enseguida llegamos al hospital. Nos recibió una llorosa Jenifer que estaba en la sala de espera.

—Tania, lo siento, se le ha ido el cuerpecito para atrás y no he podido sujetarla, te prometo que me siento fatal.

—No te preocupes, que le puede pasar a cualquiera, es una niña muy movida.

Ya había cambiado de parecer por el camino, en parte porque Gustavo me hizo ver eso, que también me podía haber pasado a mí y que no me gustaría que nadie me tachara de un comportamiento irresponsable por eso.

—Ven por aquí, Tania, entra conmigo. —Me cogió de la mano y me pasó a la sala donde la estaban atendiendo.

—Buenas noches, Pili, ella es su madre—le indicó a la enfermera.

—¡Mami, mami, quiero contigo! —La niña también estaba llorosa y muy blanquita, por el mal rato pasado.

—Le hemos puesto anestesia, Gustavo, tiene la zona totalmente dormidita. —La brecha la tenía detrás de la orejita, un lugar inmejorable por si le quedaba cicatriz.

—Muchas gracias, Pili.

—Eso, muchas gracias. —Me uní a las suyas porque vi que la estaban tratando como a una reina.

—No te preocupes, que está en las mejores manos, Pili es una enfermera estupenda—me indicó Gustavo mientras no quitaba vista a lo que le estaban haciendo.

—Hola, Vicente, vaya plan. —Lo saludé antes de que la niña aprovechara para decir algo al respecto de lo de “enfermera”, que había la posibilidad de que la noche empeorase.

—De veras que nos sentimos fatal. La primera vez que nos la llevamos y mira... Pero que no ha sido por dejadez, que Jenifer estaba jugando tan a gusto con ella.

—Ya lo sé, no te preocupes. Me parece muy buena chica y bastante cariñosa, sal con ella, que ya nos quedamos nosotros. Mira, él es Gustavo.

Un sitio raro para presentarlos, pero es que las cosas surgieron así en una noche en la que la caída de Daniela quedó en un susto y ya.

—Mami, me gusta estar con papá y con Jenifer, pero esta noche tengo pupita y me quiero quedar contigo—me confesó, rendida, cuando por fin la sacamos de allí.

—Sé que lo entiendes, y lo siento porque hemos dejado la cena plantada, estaba todo buenísimo, de veras. —Me sentía muy apurada por Gustavo, pero se trataba de un caso de fuerza mayor.

—No hace falta que me digas absolutamente nada, pero ¿y si os venís las dos a dormir a mi casa? Nada me gustaría más que poder cuidaros esta noche.

Y a mí nada me gustó más que escuchar unas palabras que me dieron a entender que Gustavo no buscaba conmigo un mero rollo, porque ningún hombre que busca eso se comporta como él lo

estaba haciendo.

—Sí, mami, yo quiero ir a su casa—me dijo Daniela, que levantó para ello su dolorida cabecita de mi hombro.

—Ya la has escuchado—le dije mientras me encogía de hombros.

Capítulo 15



Gustavo no estaba cuando nos despertamos a la mañana siguiente. A mí la cabeza me dolía, ya que todavía acusaba el susto de la noche anterior, pero mi niña dormía a mi lado como una bendita.

Me había levantado en su dormitorio, que era amplísimo y precioso, con una decoración de esa para caérsele a uno la baba, si hasta parecía que allí dentro nada malo podía suceder, de la paz y la calma que transmitía el lugar. Él se empeñó en que durmiéramos en su cama y fue imposible disuadirle.

Llegué al salón y comprobé que tampoco estaba allí, ni sirviéndose un café en la cocina. Eso sí, una nota me saltó a la vista.

“Preciosa, he salido a hacer una gestión, vuelvo enseguida. No te preocupes en preparar el desayuno, compraré un pan con nueces que creo que os va a encantar. He pasado una noche maravillosa sabiéndoos tan cerquita”

Pues sí que se conformaba con poco, que donde él había dormido era en el cuarto de invitados. En fin, enmarqué mi cara con los brazos y resoplé. Parecía que no encontraba el momento para contarle mi pequeño secretito y la cosa cada vez estaba más avanzada.

Y decía que el pan me iba a encantar, el que me iba a encantar era él o, mejor dicho, ya me encantaba. Cuánto me gustaría formar parte de su mundo, pero ¿tendría cabida en él después de saber quién era realmente?

—Mami, mami, ¿Gustavo tiene Cola Cao? —me preguntó mi reina, que ya estaba en el quicio de la puerta de la cocina, frotándose sus ojitos.

—¿Cómo está mi niña? A ver esa heridita.

La tenía tapada, pero quise asegurarme de que el esparadrapo no se le hubiese movido ni nada.

—No te preocupes mami, ya escuchaste a Gustavo, es solo un rasguño—me aclaró.

—Y tú eres una vieja, ¿lo sabes? ¿Cómo puedes soltarme esas cosas con tanta naturalidad?

Su capacidad para repetir las cosas de los mayores era tremenda y tuve que reírme tela con ella.

—¿Una vieja? ¿Cómo puedo ser una vieja con solo seis años? —me preguntó incrédula.

—Pues eso mismo me pregunto yo, que eres un fenómeno de la naturaleza, ¿te duele, amor?

—No, no, nada de nada. —Negó con su cabecita, ella era una niña muy fuerte y apenas solía quejarse por nada. De hecho, cuando era pequeñita y daba sus primeros pasos, solía sorprendernos riéndose cuando se caía, en lugar de llorar como hacen la mayoría de los niños.

Escuchamos la puerta y Daniela salió corriendo hacia ella. El alboroto que escuché fue la señal de que algo extraño y maravilloso a sus infantiles ojos acababa de suceder.

—¡Este es! ¡Es justo el patinete que yo quería! —chillaba cuando llegué al salón.

—Pero Gustavo, ¿cómo lo has...?

Por un lado, estaba sorprendidísima por su gesto, que era de lo más bonito. Y por el otro, tampoco salía de mi asombro por el hecho de que lo hubiese conseguido en domingo.

—Uno que tiene sus contactos en la industria juguetera, vamos lo que viene siendo de toda la vida de Dios un amigo con una juguetería, vaya.

—¡Es precioso, gracias, te quiero mucho! —le espetó Daniela mientras de un salto lo cogió por los hombros y él la tomó en brazos, loco por lo que acababa de decirle.

—Gracias, de veras que no tenías por qué... Ella podría haberse esperado.

—Y yo lo sé, y precisamente por eso se lo ha ganado, porque es una niña muy educada que sabe esperar las cosas y no las exige. Pero hoy es un día especial, que ayer tuvimos un sustito.

Lo que él llamaba un sustito había sido para mí un momento un tanto controvertido. Era la monda, yo superé una fuerte enfermedad con unos pocos años más que Daniela, y sin embargo, bastaba con que mi niña se cayera para que me echase a morir.

—¿Podremos ir a montar hoy, porfi, porfi? —nos preguntó ella, juntando sus manitas, su gesto preferido a la hora de conseguir las cosas.

—No sé, cariño, es que ayer sufriste un accidente y a lo mejor...

—No quiero meterme, pero ¿un accidente? Mujer ese fue un pequeño avatar, la niña está como una rosa.

Tres puntitos fueron los que terminaron cogiéndole a Daniela y Gustavo se había ofrecido a hacerle las curas a diario para que no tuviéramos la molestia de tener que acercarnos a ningún centro médico.

—¿Tú crees que puede entonces?

—Claro que puede, vamos a desayunar y bajamos al parque, ¡mirad cómo huele este pan calentito!

Acababa de proponernos el mejor plan para un domingo que parecía prometedor.

—Mamá, yo no quiero pan ni nada—me comentaba Daniela de los nervios que tenía.

—Si no hay pan, no hay patinete, enana, que las prisas no traen nada bueno.

—Es que tengo unos nervios en el estómago que me lo ocupan todo.

¿Dónde habría escuchado yo antes esa frase? Pues mil veces a mi madre, que la “abuela Mina” era mucho de decir esas cosas.

—Pero bueno, ¡qué cosas tiene esta niña!

Gustavo se desternillaba de risa con la niña y es que mi hija tenía cosas de bombero retirado, que suele decirse.

En cuanto terminamos de desayunar bajamos al parque. Yo ya lo venía notando, pero aquel día todavía mucho más, pues muchas de las pijas de la urbanización me miraban con envidia.

No en vano, ya se había corrido la voz de que Gustavo era una especie de soltero de oro y entre eso, y su porte, me convertí en la comidilla del lugar.

—Gustavo, ¡mírame! —le gritaba Daniela mientras hacía sus pinitos sobre el patinete.

—Está eufórica, no te imaginas la ilusión que le hacía el cacharro ese.

—Y tú no te imaginas la ilusión que me hacía a mí regalárselo.

—Al que le debe haber hecho menos ilusión es a tu amigo, que lo mismo hasta lo has despertado, que has salido muy temprano.

—Sí que se debe haber acordado de toda mi familia, pero es un buen tío y no ha dudado en abrirme un momento para que me llevara el patinete cuando le he dicho que era por una buena causa.

—¿Y lo era? Que igual le has mentado como Pinocho.

—No, no le he mentado. Yo odio las mentiras, lo que le he dicho es la puritita verdad. —Me hizo una carantoña en la cara que provocó el murmullo de algunas de aquellas arpías.

Dios, que odiaba las mentiras, y yo tenía que meterme en el confesionario y contarle que le había dicho una de las gordas. Nuevamente me sentí incapaz, aunque aparcar el problema no equivalía a solucionarlo, sino seguramente a empeorarlo.

—Ya, lo comprendo. Mira cómo se lo está pasando la enana, si parece que lleve montando toda la vida, y solo ha cogido algún ratito el de las demás niñas.

—Si es que es muy hábil nuestra chiquitaja, ¿verdad?

Me miró y su mirada delataba el doble sentido, pues obvio que no preguntaba por su habilidad sino por si podía llamarla así.

Casi tiene que volar por una cucharilla, ya que esa vez sí que estuve a punto de derretirme literalmente. Algún grado más de temperatura y las consecuencias habrían sido fatales.

Gustavo sabía cómo llegar a mi corazoncito. Y lo estaba haciendo con una fuerza inusitada.

Capítulo 16



Durante la semana siguiente nuestros lazos se fueron estrechando. Todos y cada uno de los días, incluso los que impartía las clases del máster, Gustavo bajó con nosotras al parque.

Después, cuando subíamos, yo duchaba a Daniela y él aprovechaba para curarle la herida, que efectivamente iba a quedar en nada. Encantada, me dejaba mimar. Jamás me había sentido tan protegida.

El viernes por la tarde hablé con mi madre.

—Cariño, te noto muy contenta, ¿está pasando algo que yo debiera saber?

Ya había activado esa mujer su aparato de rayos x; no sabía cómo lo hacía, porque ella no era médico como Gustavo, pero incluso en la distancia captaba al vuelo mi estado de ánimo.

—No, ¿por qué? Anda ya, es solo que la vida es muy bonita y hay que apreciarla cada día, mami

—le respondí.

—Sí, lo que pasa es que la mayoría de las veces la vemos más bonita todavía cuando tenemos con quien compartirla, ¿no? ¿De veras que no me estoy perdiendo nada?

—Mami, te paso a Daniela.

No quería seguir mintiendo, pero tampoco podía confesarle todavía la verdad. ¿Y si las cosas se torcían en algún momento y ella ya se había hecho ilusiones? Pensamientos como aquel me

provocaban sudores fríos, porque lo último que quería pensar yo en el mundo era que las cosas se torcieran.

Daniela estuvo hablando con ella un buen rato y conteniendo la risita mientras yo la miraba y le recordaba que guardara silencio. Para convencerla, le había dicho que Gustavo sería la sorpresita que le diéramos a la “abuela Mina” y a Rafael cuando vinieran.

—Yo creo que la abuela ya sabe que tienes novio, pero que, si tú quieres que sea una sorpresita, lo hacemos así—me comentó al colgar.

A veces yo me inclinaba a pensar que mi niña tenía dieciséis años en vez de seis, porque las cosas que me decía me dejaban sin reacción.

—Sí, aun así la sorprenderemos un poquito, cariño.

—Las sorpresas son guays, yo todavía me acuerdo de la que me dio Gustavo con el patinete, que ahora es mi juguete preferido junto con Wendy.

Esa era otra, como lo nuestro no saliera bien no me lo perdonaría a mí misma por el mucho cariño que le estaba cogiendo Daniela. Tenía que seguir pensando antes de que fuera la hecatombe.

—Mañana repetimos cenita, ¿prefieres que en esta ocasión sea en la calle? —me preguntó Gustavo esa tarde en el parque.

—No, lo cierto es que el plan de la otra noche me pareció absolutamente maravilloso, y no se me ocurre otro mejor.

Y eso que se nos había quedado todo en el aire, pues por el cariz que comenzaron a tomar los acontecimientos yo pensé que aquella noche acabaríamos amándonos hasta el amanecer, como en la novela romántica que me estaba leyendo.

Dado que el último finde acabó mal, Vicente y Jenifer quisieron compensar a la niña

volviéndosela a llevar aquel. A ella le pareció bien y a nosotros también.

Para mí, el que se llevaran a Daniela algún que otro fin de semana suponía la posibilidad de conocer mejor a Gustavo, y mi niña de todos modos lo pasaría genial.

También me daba en la nariz que muy pronto vendrían a vernos mi madre y Rafael, que se estaban demorando un poco porque él había vuelto de Palma de Mallorca con ciertas molestias en el riñón, pues el hombre era tendente a los cólicos nefríticos.

A la mañana siguiente, pasé un ratito a casa de Camila, pues si antes estaba atareada, cada vez me quedaba menos tiempo ahora que estaba con Gustavo.

—Lo tuyo es de peli de suspense, ¿y puedes dormir a pierna suelta sin haberle confesado todavía nada? —Se reía mientras me ponía un cafecito en la cocina, Daniela acababa de marcharse.

—A piernas suelta tampoco, que a veces me despierto a media noche y no hay quien me duerma, pero qué se le va a hacer, sigo buscando el momento de quitarme la máscara.

—Sí que debes hacerlo, no puedes permitir que la bola se haga más grande, además está minándote y no te deja disfrutar del todo de lo bonito que te está pasando, Tania.

—Tienes toda la razón. Creo que en este finde buscaré el momento, esta mentira me está asfixiando. ¿Y a ti cómo te va?

—¿Con mi jefe? Pues tengo novedades, lo que pasa es que no te he visto para contártelas.

—¿Y qué pasa, esto solo funciona en un sentido? También puedes tocar mi puerta siempre que lo necesites, que me vas a crear complejo de gorrón; me tomo tu café, me llevo tu ropa interior...

—Qué bien que me lo hayas recordado, te he traído otro conjuntito, ayer pasé por la corsetería.

—¿Qué me dices? —No pudo hacerme más ilusión, pero también pensaba que no podía aceptar tanta generosidad.

—Lo que oyes, voy por él y ahora te cuento.

—No, primero me cuentas, que lo tuyo también es importante, no solo vale lo mío. Y el conjunto, esta vez, te lo pago.

Me puse a hacer números en mi cabeza, que al saber lo que costaba una monería de esas.

—¿Qué parte de “te he traído” es la que no entiendes? Tú no me has pedido nada, lo he hecho yo porque me ha dado la gana.

—Eres una buena amiga, Camila, un millón de gracias... cuéntame, por favor.

—Pues chica, que el otro día Jorge, que así se llama mi jefe, cometió una imprudencia y su mujer lo ha pillado. Sin más, lo echó a la calle, pero yo creo que es solo para darle un escarmiento, pues para mí que ella no va a renunciar a la vida que lleva, a todo tren.

—Esa quema tarjeta un poco más que yo, ¿no? —bromeé, pues la tarjeta que yo más solía utilizar era la del Club Día, del supermercado.

—Creo que un poco más. Pero ya veremos que, aunque no sea así, yo no quiero que se quede conmigo porque ella ya no lo admita, que estas no van a ser sus tetas de segunda división. —Se señaló al pecho y yo creí que me moría de la risa.

Eso era tener las ideas claras, me gustaba el estilo de Camila, que derrochaba seguridad en sí misma. Y me gustaba mi nueva vida, salpicada cada vez de más alicientes.

Ya no echaba tanto de menos mi antigua vida ni mi antiguo barrio, porque estaba encontrado mi lugar en aquella urbanización en la que al principio me sentía fuera de juego....

Capítulo 17



De nuevo se repetía la jugada. Y allí estaba en la tarde de sábado, aunque en esta ocasión me recibió un chef inesperado; Gustavo llevaba toda la tarde en la cocina, según me dijo, y el olor a aquella lubina al horno corroboraba que se trataba de un gran chef.

—Te iba a decir que esperaba que te gustara el pescado, pero me has vuelto a dejar sin palabras, pasa, por favor.

Se puso delante de mí y se pasó aproximadamente un minuto mirándome, sin decir nada más. Aquel gracioso y desenfadado vestido negro de flecos que tan solo me puse en una ocasión para acudir a la despedida de soltera de mi amiga Rosi lo dejó como hechizado.

—No sé si me voy a poder sentar a cenar, porque hasta el hambre se me ha quitado, ¡qué preciosidad, santo cielo! —Por fin arrancó a hablar. Con él todo eran alabanzas, mi moral iba a subir a la velocidad de la luz a ese paso.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Gustavo me había recibido con una camisa rosa, jeans en azul oscuro y náuticos, que era su calzado favorito.

Yo iba subida en unas cuñas negras muy altas, totalmente desenfadadas y que combinaban a la perfección con el estilo del vestido.

De fondo, el mejor de los escenarios; el de una terraza que había decorado con mimo. Siendo

como era un enamorado de Marruecos, algo que ya me había confesado en diversas ocasiones, aprovechó la semana para dotarla de un marcado estilo árabe.

La inspiración marroquí se dejaba ver en ella por todos los rincones, por lo que los colores rojos, anaranjados y marrones predominaban.

—Buah, es una combinación preciosa, palabra...

—Sí, esos colores me recuerdan al desierto, a la tierra y a todas las especias tan típicas de allí...

Al mismo tiempo, había tonos verdes y azules, evocadores de la propia naturaleza, del mar, del cielo...

Parecía otra terraza, pues hasta entonces apenas estaba decorada, más allá de lo suficiente para tomar algo. Era la única parte de la casa que le quedaba por decorar.

—Es que le encargué el diseño al equipo de decoración de la empresa de unos amigos y estaba esperando al resultado final para enseñártelo. Esta mañana me lo han montado todo.

Con razón había estado desaparecido en combate casi todo el día, que ya lo estaba yo echando de menos.

—Pues el resultado es sorprendente, te prometo que me he quedado fascinada.

—Me dijiste que nunca habías estado en Marruecos, ¿verdad?

—Así es—le confesé un tanto cortada, pues él había viajado mucho y yo lo más lejos que llegué fue con mi madre a La Coruña en una excursión que hicimos varios vecinos del barrio. La paliza que nos dimos en bus fue chica, pero al menos vi algo del norte.

—Nunca, pero que estoy deseando ir, es que no se ha terciado...

Que no se había terciado decía, como si hubiera estado en muchos sitios, que era lo que él debía

pensar dado mi supuesto estatus económico. A mí me iba a dar un patatús como la cosa siguiera así.

Continué examinando aquella preciosa decoración en la que no faltaban un arco de herradura y diversos mosaicos, logrados a base de llamativas baldosas con motivos geométricos cuyos colores vibrantes y vivos difícilmente podrían pasar desapercibidos.

El toque exótico de la terraza también estaba asegurado por aquella variedad de telas coloridas con magníficos estampados y distintas texturas y tamaños. La combinación de alfombras y cojines era una obra maestra.

También saltaban a la vista las dos mesas bajitas que, funcionando como mesas de té, le aportaban a la decoración un plus. Meticulosamente colocada sobre una de ellas, vi una de esas bandejas que solían usar los bereberes, circulares, que era una auténtica joya de artesanía.

El conjunto, que invitaba al descanso, estaba rematado, aparte del sofá bajito, por unos pufs circulares de cuero que le otorgaban la nota étnica al ambiente y por las mantas de estilo *handira*, esas que había dejado caer en el sofá de un modo *casual*.

Farolillos de colores en las esquinas alumbrarían aquella cena única, aportando un estilo árabe exquisito a un conjunto que resultaba extraordinariamente bello.

Por último, una serie de guirnaldas de luz, estratégicamente distribuidas por las paredes, lograban crear el más romántico de los entornos, rematado por otra serie de detalles como los porta velas situados en la mesa principal o los maceteros...

Como cabía esperar, Gustavo comenzó in situ a proyectar un viaje a esa tierra de ensueño, y yo ya me veía allí con él y con Daniela, haciéndonos unas fotos que también les otorgarían un extraordinario color a mis paredes.

—La comida de allí te va a atrapar, igual que sus gentes, los paisajes, es que es todo. De veras que tengo muchas ganas de enseñártelo, he ido tantas veces que me manejo a la perfección. Sin embargo, con lo de la comida todavía ando ahí, ahí, tengo que hacer un cursillo específico.

Vamos, que en breve lo veía poniéndome un menú árabe de categoría encima de la mesa. Gustavo era una cajita de sorpresas, tan pronto encargaba cena, como se convertía en mi master chef particular.

—Te repito que te ha quedado de ensueño, ahora no vamos a tener más remedio que subir a menudo a disfrutar de esto contigo, es lo que tiene...

—Es que lo he mandado diseñar pensando en vosotras, no tendría mucho sentido si no estuvierais.

Me estremecí. Gustavo nos estaba implicando en su vida, y no precisamente de una manera lenta. Había llegado la hora de poner las cartas encima de la mesa, de sincerarme con él; busqué las palabras mientras le dejaba hablar.

—Gracias, de veras, el resultado es espectacular, felicita a la gente que lo ha hecho de mi parte.

—Podrás hacerlo tú misma, son amigos de la familia. Verás, mi madre celebra su cumpleaños dentro de unas semanas y nada me gustaría más que me acompañases esa noche. Es una cena de adultos, pero si quieres no hay ningún problema porque también Daniela nos acompañe.

Nueva parada en seco, aquella cena debía ser de gente de postín, porque Esteban y su mujer también estaban muy bien relacionados, que de casta le venía al galgo, y el galgo era Gustavo en ese caso.

—¿A una cena familiar? Es que no lo esperaba, me has dejado muda...

—Sí, a una cena de mi familia y amigos, porque estoy deseando que os conozcáis. Bueno, lo de mi padre no cuenta, que ese es el comodín del público, hacemos como que no está y ya.

El resto de la cena, que por cierto estaba exquisita, la pasé maldiciendo la estampa del “comodín del público”, por culpa de cuya desfachatez me había metido en semejante embrollo.

Capítulo 18



Lo que llevé esa noche fue el postre, aunque lo cierto es que se quedó encima de la mesa. Estábamos “condenados” a no terminar de cenar en ninguna ocasión...

Gustavo se había levantado para servirlo y, de la misma manera que depositó en mis necesitados labios una serie de besos al comienzo de la noche en la terraza, se acercó a mí y de nuevo comenzó a besarme.

—Estás tan dulce que representas una competencia demasiado tentadora—murmuró mientras miraba aquella delicia en tres chocolates que acababa de traer.

A continuación, extendió su dedo y tomó un poco de ese chocolate, que llevó hacia mis labios, endulzándolos todavía más...

—Si sigues así es probable que no lleguemos a tomarlo—le susurré en el oído.

—¿Te he dicho ya que tu voz es la más sugerente de todas las melodías del mundo mundial? Porque si no te lo he dicho ya estoy tardando.

—No que yo recuerde, pero todavía no es tarde...—Me acababa de coger en brazos y, como si una prueba de aguante se tratase, uno de los tirantes de mi vestido cayó sobre mi brazo.

—Si así lo quiere el destino, ¿quién soy para desafiarlo? —Sonrió él mientras terminaba de deslizarlo hacia abajo, lo mismo que el otro, algo que me causó el mayor de los estremecimientos.

A diferencia del conjunto de la semana anterior, el de aquella noche era de encaje, si bien igualmente negro, el color sexy por excelencia. El contraste con mi piel blanca enloqueció a un Gustavo que me miró con ojos enamorados.

—Sabía que eras inmensamente bonita, pero los remates son ya...

“Los remates” eran aquellos senos que apuntaban hacia él, firmes, todavía encapsulados en un sujetador divino que enmarcaba mi escote, así como un vientre plano que acariciaba como si fuese un lienzo en blanco sobre el que quisiera dibujar para la posteridad...

—Uff, qué cosas me dices...

Si yo era bonita, que no se lo iba a discutir, él no se quedaba atrás. Su piel morena, aquellos brazos que me sostenían como si fuese una pluma... Y eso que todavía no había visto sus marcados abdominales, que parecía el modelo de una marca de ropa interior masculina.

La entrada de aire en mis pulmones pedía a gritos ser gestionada. Demasiado tiempo sin que alguien me tocase, sin que alguien me hiciera vibrar al contacto con su piel, sin que alguien me recordase cuán viva estaba...

En las manos de Gustavo me sentí radiante y me dediqué a dejarme hacer, no hacía falta más... Experimentado como él solo, fue su lengua la primera en hacer que miles de destellos eléctricos se distribuyeran por todo mi cuerpo, para terminar concentrándose en ese centro del placer que envolvía mi vulva y que me llevó a universos desconocidos para mí.

—Ha sido... nunca, no sé decirte...

—No digas nada, mi niña, y solo disfruta...

El sexo con Vicente, entre que éramos demasiado jóvenes y poco experimentados, y que siempre fue un “aquí te pillo, aquí te mato”, se parecía muy poco a lo que yo acababa de sentir y bastante más a lo que había leído en las novelas.

Le hice caso y me dediqué a disfrutar, descubriendo una nueva y maravillosa versión del sexo que creí que solo estaba destinada para la ficción. Qué equivocada vivía...

Lo supe desde el primer momento que Gustavo colocó sus dedos sobre mí, pero terminé de corroborarlo en el íntimo y ardiente instante en el que se abrió paso dentro de mí, llegando hasta mis mismas entrañas.

—Cuánto te deseo, cariño, cuánto te deseo—murmuró en mi oído mientras me trataba con una delicadeza tal que me sentí una muñequita en sus manos.

—Y yo también a ti. —Otra novedad para mi persona, pues nunca me habían dicho de viva voz que me desearan así...

La cadencia de su cadera, entrando y saliendo de mí mientras con sus manos no solo acariciaba mi cuerpo sino también mi alma, se me antojó como el más sexy de todos los movimientos.

Imposible no sucumbir a los encantos de un hombre que le había dado un giro de ciento ochenta grados a mi vida, igual que el que le dio en ese instante a mi cuerpo, para colocarse en mi espalda, y seguir amándome mientras retiraba mi pelo y me confesaba en el oído que me quería...

Ahí es nada, sus “te quiero” seguían resonando en mis oídos una vez terminaron los varios asaltos que vivimos en una primera e irreplicable noche en la que fui suya, lo mismo que él fue mío.

—¿Cómo estás? —me dijo abrazándome tan fuerte cuando terminamos que me costaba respirar.

—Estoy feliz, simplemente feliz—le contesté pletórica.

—Pues nuevo objetivo conseguido, que tengas dulces sueños.

Igual que hizo con Daniela en su día, me dio un beso en la frente, y después de lo mucho que

habíamos vivido a nivel sexual, aquel broche tan tierno a la noche provocó que me quedase dormida ipso facto en sus brazos.

No hubo un solo momento en el que me soltase, y vuelta que yo daba, vuelta que daba conmigo, repitiéndome un “te quiero” entre sueños que me indicaba que ya no podría prescindir de aquellas dos palabras que tan bien sonaban juntas.

—Yo también te quiero—le contestaba mientras que en mis labios se dibujaba una sonrisa.

Tanta era la felicidad que me embargaba que llegué a temer a lo largo de la noche que solo se tratara de un sueño, pero por suerte abría los ojos y él seguía ahí.

¿Cómo me las iba a apañar para acompañarle a aquella cena habiéndome quitado la máscara? ¿Y si me esperaba un poco más? No, no podía alargar el tormento.

Tomé una decisión; Daniela no volvería hasta la tarde siguiente, así que buscaría el momento propicio en el día, reuniría el valor, por fin acabaría con un suplicio que no me permitía disfrutar de mi relación en toda su magnitud, como me indicaba Camila.

—¿En qué piensas, mi amor? —me preguntó tan pronto abrió los ojos y me vio despierta.

Después de echado un primer sueño, el desvelo se instaló a mi lado aquella noche, de la misma forma que lo hizo Gustavo, solo que este último era infinitamente mejor compañero de cama.

—En nada, mi vida...—No era capaz de arrancar, pero como Tania que me llamaba que de ese día no pasaba.

—Pues entonces será hora de darte algo que pensar...

Y me lo dio, sabía muy bien lo que se decía. Un primer asalto en la cama y otro en la ducha nos sirvieron para abrir boca en una mañana en la que más tarde me preparó un desayuno de esos completos, americanos, tan completo que representaba mi comida de todo un día.

—De eso nada, cómetelo, que luego a almorzar te voy a llevar a un restaurante al que suelo ir mucho. Hoy nos vamos a comer un chuletón.

Para algo estábamos en Ávila, pero no me imaginaba yo tomándome uno de esos enormes y deliciosos trozos de carne después de zamparme ese desayuno, por lo que se lo argumenté y me “permitió” dejar la mitad.

—Solo con la condición de que luego comas bien, que no me comes nada...—Me recordó a mi madre, aunque también me eché a reír por lo del no “me comes”, ya que solo me había comido él a mí, pero ya cambiarían las tornas.

Por lo que intuía, estar en su compañía se iba a convertir en todo un vicio, pero meterme con él en la cama no representaría otro menor.

Gustavo era el hombre de mis sueños, aquel que sabía hacerme sentir una diosa en sus manos; la forma en la que me miraba me decía que no solo me amaba, sino que también me admiraba como mujer.

Había llegado la hora, una buena ducha y, ¡al lío! Que fuera lo que Dios quisiera, pero antes necesitaba que el agua calentita cayera sobre mi cuerpo...

Capítulo 19



Dicen que lo que no pasa en un año, pasa en un día. Y, por si yo no lo tenía del todo claro, aquel domingo había amanecido para demostrármelo...

Preocupada por la confesión que debía hacerle a Gustavo, me metí a tomar esa ducha que me calmara y me permitiese buscar las palabras que se convirtieran en mis alidadas. No soy una ilusa y por esa razón sabía que estas no podrían actuar como una varita mágica, pero al menos sí convertir mi confesión en un mal menor.

Me miré al espejo y me di fuerzas yo solita; “tú puedes, Tania, que en peores plazas has toreado y siempre saliste victoriosa”.

Falsa modestia aparte, yo ya había vivido muchas cosas y algunas de ellas nada fáciles. El simple hecho de haberme enfrentado todos aquellos años a un trabajo cuyo jefe era un ogro, ya era una prueba de resistencia y valentía, por mucho que el tío pareciera cambiado.

Sí, desde el día que habló con Daniela en los términos que ya he contado, algo parecía haber cambiado en Cándido. Mi niña para mí era un tesoro, pero no creía yo que hubiera causado en él un efecto talismán como para volverlo cual calcetín. Él sabría el porqué, pero lo cierto es que ya nos trataba a Mari Jose y a mí como si fuera un ser humano más, corriente y moliente. Incluso en ciertos momentos con bastante agrado, ¿un milagro? Probablemente.

—Disfruta de tu ducha, amor. —Gustavo entró y me dio un largo beso, mientras mi ropa volvía a correr peligro. Y si esta caía en su presencia, complicado no volver a fundirnos el uno con el otro.

—Si sigues ahí no sé si va a haber ducha.

—Correcto, bajo un momento al garaje a echarle un vistazo a los niveles de aceite del coche y te dejo que te asees relajadamente.

—Puede que contigo obtuviese más relax, pero lo de ducharme se complicaría—añadí mientras él me hacía una carantoña y me decía con los ojos que mejor no siguiera provocándolo.

Entré en la ducha, que parecía una cabina espacial... Aquel cuarto de baño, que pertenecía a su dormitorio, era de un lujo impresionante y unas dimensiones más que considerables, pues contaba con bañera y con placa de ducha.

De la bañera ya daríamos cuenta juntos, pero fue aquella placa de ducha con columna de hidromasaje, que se asemejaba a una nave espacial, la elegida para darme una ducha que se prolongó por espacio de unos quince minutos.

Mientras me estaba secando, escuché de nuevo la puerta de la casa abrirse.

—Cariño, vengo con visita, te lo digo para que no salgas desnuda, que ese espectáculo está reservado solo para mí. Me he encontrado a alguien que ahora te presentaré—me dijo por lo bajini acercándose al baño.

—Vale, vale... No esperaba visita, pero tampoco tenía nada de particular. Por lo que vi en su Face, la vida social de Gustavo no era tranquilita, contando con innumerables amigos.

Cinco minutos después salí para el salón y, contra todo pronóstico, la visita que acababa de llegar no era precisamente desconocida para mí.

—¿Cándido? —le pregunté con horror al verlo sentado en el sofá con Gustavo.

—Pero bueno, Tania, ¿tú qué haces aquí? No te esperaba...

Yo sí que no lo esperaba a él y me sentí desmayar.

—¿Os conocéis? —nos preguntó Gustavo, mirándonos a los dos alternativamente.

—Sí, sí, que nos conocemos—le comenté muerta del miedo porque no sabía cómo iba a salir de aquella.

—Pero cómo no la voy a conocer si es una de mis mejores trabajadoras—le soltó con toda la tranquilidad mi jefe.

—¿Cómo que una de tus mejores trabajadoras? —Enarcó una ceja Gustavo, que no sabía de qué iba aquello.

—Sí, hombre, ya hace que tengo a Tania en mi plantilla de limpieza un buen tiempito, ¿por qué?

—Por nada, por nada, no te preocupes. Pues ya ves, Tania, no han hecho falta presentaciones, conoces a Cándido de sobra. —Tan elegante como era no quiso dejarme en evidencia delante de él.

—Cierto, voy a bajar a mi piso y os dejo tranquilamente hablar de vuestras cosas.

—Perfecto, bajo en un rato—añadió él y yo temblé solo de pensarlo.

Me despedí de ambos y cogí mis cosas. Una media hora transcurrió antes de que bajara.

Por lo que supe después, Cándido era amigo de Esteban, que Dios los cría y ellos se juntan, porque mi jefe también fue siempre un sieso de mucho cuidado, igual que mi suegro. Y su cambio de actitud se debía al miedo que tenía a raíz de que le hubieran detectado una enfermedad grave.

Aquella mañana llamó a Gustavo para hablar con él, porque estaba desesperado. Cándido no vivía lejos y él le dijo que se pasara por su casa, pensando que así además me presentaba a alguien de su círculo.

Cuando abrí la puerta, poco me diferenciaba de la blancura de la pared...

—Sinceramente, Tania, si te habías pensado que me importaría que fueras limpiadora, estás pero que muy equivocada. Ahora bien, lo que de verdad me importa es que insultaras mi inteligencia inventándote esa majadería de que eras abogada sin serlo...

—Lo siento y te doy mi palabra de que iba a contártelo, solo estaba buscando el momento, la culpa fue de tu padre...

Los nervios me estaban traicionando más de la cuenta, porque echarle toda la culpa de lo sucedido a su padre tampoco es que resultara demasiado ético. Y claro, el tiro me terminó saliendo por la culata.

—¿De verdad mi padre tiene la culpa de que tú me mintieras? ¿Es una broma?

— No, no es una broma, lo que sucede es que él se permitió el lujo de tacharme de “muerta de hambre”, quizás porque mi apariencia no fuera tan refinada como la del resto de vecinas, y salí por ahí porque me sentó fatal, ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—Probablemente intentar salir airoso sin fingir que soy otra persona. Vale que puedo comprender lo que hiciste por tu edad, pero lo que me parece indecente es que no te hayas desdicho de semejante estupidez en las semanas que llevamos viéndonos, eso es intolerable.

No había ira en sus palabras, sino tristeza, y eso me pareció mucho peor. Cuando uno está enfadado, existe la posibilidad de que se le pase, pero cuando se siente decepcionado, por desgracia eso es más chungo...

—Lo siento de corazón, por favor, no dejes de creer en mí, todo lo demás es cierto, yo te quiero, Gustavo.

—¿Me quieres a mí o quieres a mi posición? Porque ahora ya comienzo a dudarle todo, Tania. Yo no te tenía por alguien materialista, pero acabo de descubrir que le das una importancia a

ciertas cosas que me asusta más de lo que puedas imaginar. Y me dices que no deje de creer en ti, ¿cómo se hace eso?

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Y no fue eso lo peor, sino que lo mismo hicieron por las tuyas.

—Gustavo, por favor...—Fue lo único que pude decirle antes de perderlo de vista.

Capítulo 20



—Mami, ¿dónde está Gustavo? Quiero enseñarle lo que sé hacer con mi patinete, dime dónde está—me preguntó Daniela en cuanto llegó por la tarde.

Me sentí como la más miserable de las mortales, porque mi niña lo adoraba y yo lo había puesto todo en peligro.

—Cariño, Gustavo no va a bajar esta tarde al parque con nosotras...

Yo sí que tenía que bajar, quisiera o no quisiera. Llevaba todo el día llorando y mis enrojecidos ojos estaban dando la señal de alerta; mi cabeza explotaría en tres, dos, uno...

—¿Está malito? Porque si está malito yo puedo ir a hacerle “sana, sana, curita de rana” como te hago a ti hasta que te hagas enfermera, que ya después no te va a hacer ni falta.

En aquel aciago día no me había vuelto a acordar de esa bonita idea que rondaba mi mente, porque todo se me había venido abajo con la decepción que le causé a Gustavo.

—No, cariño, no está malito.

—Pues entonces mejor, puedo subir con el patinete a su casa, a él le gustará ver todo lo que he aprendido. Pero tranquila, ¿eh? Que lo haré en su terraza, no en el salón.

Sí, es lo que hubiese faltado, que mi niña le echara abajo el salón a patinetazo limpio, como para pasársele el cabreo... Y no, es que no era un cabreo, sino algo mucho más profundo, y cuanto

antes lo asumiera yo, mucho mejor.

—No, Daniela, tampoco vamos a poder subir a su casa, Gustavo está un poco enfadado con mamá y será mejor esperar a que se le pase.

—¿Eso es igual que cuando yo hago una trastada y me dices que te deje tranquilita un rato hasta que se te pase?

—Más o menos, mi niña. —La diferencia estaba en que la trastada que yo le hice era bastante mayor, imperdonable a sus ojos...

Dios, ¿por qué no me habría decidido a contárselo antes? ¿Por qué tenían que ser las cosas tan difíciles? Yo, que era una chica sencilla y que siempre había presumido de serlo, arruinándome la vida por fingir ser quien no era. No me conocía.

—Ah, pues entonces no te preocupes, que ya verás, se le pasará enseguida como a ti.

Desde su tierna visión infantil todo era infinitamente sencillo, pero mucho me temía que las cosas no serían así.

—No lo sé, Daniela, puede que la trastada de mamá haya sido más grande que las tuyas, y a lo mejor a Gustavo tarda más tiempo en pasársele.

—Pero eso no puede ser, si tú siempre dices que yo soy el trasto mayor del reino y que mis trastadas son insuperables. ¿Y ahora dices que eres más trasto que yo? Mami, no hay quien te entienda. —Hizo el gesto de que me faltaba un tornillo con el dedito en su sien y sacó mi sonrisa.

Llevaba todo el día sin comer a excepción del medio desayuno que me metí entre pecho y espalda en su casa. Y menos mal que fue copioso, porque de lo revuelto que tenía el estómago no me permitía echarle nada más.

—Ya lo sé, mi niña, pero esta vez ha sido mamá la que ha metido la pata un montón.

—Ya, pero Gustavo es tu novio, y tú siempre dices que las personas tienen que perdonarse las cosas, ¿está tan enfadado como para no perdonarte?

—Espero que no, hija, pero no lo sé.

—Yo puedo subir si quieres, puedo hablar con él, a mí me escuchará, también me quiere—me propuso con expresión decidida.

—Daniela, soy yo quien tiene que protegerte a ti y no al contrario, hija mía. No te preocupes por nada y bajemos al parque a jugar.

Seguro que el chivato fue mi cara, que no era precisamente de alegría, ya que más de una de aquellas harpías tocó las palmas con las orejas, porque las vi cuchichear por el hecho de que bajara sola.

—Camila, ¿puedes bajar? —le pregunté porque, de seguir así, acabaría hecha un mar de lágrimas allí mismo, y todo menos darle esa satisfacción a aquella legión de ingratas.

El tono de mi voz hizo que mi amiga se sentara a mi lado en no más de cinco minutos.

—Uff, ¿se lo has contado y no le ha gustado un pelo? —me preguntó. Había la suficiente distancia entre nuestro banco y el de las otras para que pudiéramos hablar con tranquilidad.

—Mucho peor que eso... deja que te cuente.

Camila me escuchó con atención.

—Chica, no has podido tener más mala pata. Vaya con las casualidades de Dios, pero no te preocupes, que él recapacitará.

—No lo creo, ha sido mucha la decepción. Gustavo no me conoce de nada y ahora va a pensar que soy una interesada, que iba por su dinero y no sé cuántas cosas más.

—O no. Ahora es cierto que está en frío y que tratar de disuadirle puede ser contraproducente, pero déjale su espacio, que piense, que recapacite...

—No, si otra opción no me queda, tampoco me puedo arrastrar como si fuera un felpudo, y más sabiendo que él no me cree. Qué poco me ha durado el cuento...

—Ya, cariño, ahora te toca ser fuerte. Mira, Jorge también se ha vuelto con su ex, si quieres ya podemos quedar para llorar juntas, ¿no es un planazo?

—¿Ese imbécil se ha vuelto con su ex? Pues déjame decirte que si se ha perdido a una mujer como tú es porque no te merece, guapa.

Yo la tenía muy en estima. Ella valía mucho más a todos los niveles que cualquiera de las oportunistas aquellas, y sin embargo no podía ser más sencilla.

—Ni tampoco Gustavo te va a merecer si no se baja del burro. Pero que yo creo que sí, ya verás, el tiempo me va a dar la razón.

—No sé, más bien creo que no—suspiré.

Volvía a estar muy bajita de ánimo. La felicidad que había tenido en las palmas de mis manos se había evaporado como por arte de birlibirloque.

—Confía en el tiempo, que ese todo lo cura. Además, tienes a tu favor que os vais a cruzar en el bloque cada dos por tres... Y eso no propicia que la herida se cierre, muriendo lo vuestro. Mientras siga viva, hay esperanza.

Capítulo 21



No volví a ver a ver a Gustavo en toda la semana, por lo que el viernes llegué a la clara conclusión de que me estaba evitando por completo. Por las tardes, mientras estaba en el parque, miraba hacia su ático y comprobaba que había luz, lo que corroboraba mi teoría.

La tristeza dejó una honda huella en mí durante aquellos días, por mucho que yo tratase de parecer alegre a los ojos de una Daniela a quien no era fácil dársela con queso.

Pensé que era Camila cuando llamaron a mi puerta aquella noche y en esa desconfianza me dispuse a abrir.

—¡Sorpresa, hija! Ya estamos aquí porque hemos venido. —Lejos de ser Camila, eran mi madre y Rafael los que entraron.

—Mamá, ¿cómo es que habéis venido y sin decirme nada de nada? —Miré a mi enana porque aquello me olió a chamusquina y no poco.

—Mami yo...

—Daniela, ¿tú les has contado a la abuela y a Rafael que...?

—¿Lo de que tu novio te ha dejado? A lo mejor un poco, mami. —Encogió los hombros.

—¿Un poco? —la reprendí.

—Hija, no le riñas que la pobrecita lo ha hecho con la mejor intención, ¿qué es eso de que estás muy triste? A ver, muy buena cara no es que tengas, anda que se ha equivocado mi nieta.

Mi madre era una mujer pizpireta y resuelta, no me extrañaba ni un ápice que Rafael se hubiera enamorado de ella hasta la médula. Ojalá yo fuera capaz de hacer lo mismo con Gustavo, pero claro, mi madre fue a pecho descubierto desde el primer momento, sin tratar de hacer lo blanco negro.

—Mamá, no teníais que haberos molestado. Ni tú, enana, irte así de la lengua sin consultarme. ¿Seguro que vas a estar bien, Rafael?

Lo mínimo que podía hacer era preocuparme por el hombre que tan bien se había portado siempre no solo con mi madre, sino también con nosotras.

—Perfectamente, hija, no te preocupes, ¿y tú cómo estás? —Me dio un beso él también.

—Yo bien, tirando...

—Eso, tirando el plato de comida lleno es como estás, mami. —Lo de Daniela no tenía remedio, hasta en condiciones así sacaba mi risa.

—Hija con nosotros no tienes que disimular, mejor nos dices la verdad, ¿Cómo te encuentras? —Mi madre estaba muy preocupada.

—Bien, mami, un poco triste pero ya.

—Pues eso se va a acabar, que ya ha llegado la alegría a esta casa. Venga, vamos a pedir unas pizzas de esas que tanto le gustan a mi chiquitina.

—Daniela, ahora las vas a pedir tú por teléfono—le indiqué.

—¿Yo? Mami, pero si soy una niña, no sé hacerlo.

—¿No? ¿O sea que sabes ser una cotorrita que le vaya con el cuento a los abuelos, pero llamar a la pizzería es diferente?

—Totalmente, mami, totalmente...

Cuando Daniela se durmió, me tocó darles unas explicaciones que me parecían totalmente vergonzosas.

—Pero hija mía, no te atormentes, ese hombre te quemó mucho la sangre. Demonio de tío...— También le cayó bien mi suegro.

Mi madre se quedó perpleja con mis explicaciones. Ella me conocía mejor que nadie y podía dar fe de que yo no vivía de cara a la galería, pero es que lo de Esteban se pasó de castaño a oscuro.

—Ya, mamá, pero fíjate si he metido la pata hasta el fondo. Ni volver a vernos ha querido su hijo.

—Yo me pongo en su lugar como hombre y es normal que esté afectado, y te diría que hasta asustado. Su impresión debe ser que no sabe quién eres, Tania—añadió Rafael, que no se andaba con paños calientes. Él siempre actuaba como si fuera mi padre.

—Lo dicho, que lo he perdido—suspiré.

—¿Y no has tratado de subir a hablar con él? —Mi madre examinaba todas las posibilidades.

—Es que Camila me ha dicho que será mejor que le deje su espacio, que si lo presiono sería peor.

—Y a ti te ha venido estupendamente, porque te veo en los ojos que entras en pánico solo de subir la escalera, ¿me equivoco mucho? —me preguntó mi madre, que de nuevo metía el dedo en la llaga.

—Sí, mamá, yo ya prefiero dejar el mundo correr y lo que tenga que ser que sea.

No quería ni plantearme cómo sería la siguiente vez que nos viésemos, pero los nervios me comían solo de pensarlo. Imaginar su rictus serio y distante, cuando antes era todo ternura conmigo, me acobardaba hasta límites insospechados.

—Bueno, cambiemos un poco de tema, que este te caldea demasiado, ¿qué hay de eso de que quieres estudiar, hija?

—Ah, eso lo tengo un poco aparcado con todo esto, pero que me gustaría ser enfermera mami, que yo no quiero pasarme toda la vida limpiando. Por muy digno que sea, yo quiero prosperar.

—Y lo vas a hacer, ¿qué necesitas? —Ya los veía yo sacando la billetera.

—Nada, mami, el curso de acceso es gratis, lo único que necesito es echarle ganas y arrojo. Y eso por mi Daniela tengo que hacerlo.

—Naturalmente que sí, cariño. Esa niña tira de ti más que cualquier otra cosa en el mundo. Y con independencia de lo que pase con ese muchacho, mientras las dos estéis juntas y fuertes, todo irá bien.

—Eso es verdad, mami—asentí.

Traté de grabarme a fuego sus palabras esa noche, pero nadie decía que, por ser ciertas, no fueran dolorosas. Seguir para adelante no era en mi caso una opción, sino una obligación, pero una obligación que dolía sin Gustavo.

Durante todo el fin de semana me sentí inmensamente arropada por ellos.

—¿A que ya no estás enfadada conmigo por habérselo contado? —me preguntaba mi Daniela a cada momento.

—No, cariño, claro que no estoy enfadada contigo. Gracias por ser como eres...

—¿Por ser tan guapa? —Me ponía ella gestitos mientras posaba y su abuela es que se la comía enterita.

—Mira, mamá, aquí tenemos a una fututa *influencer*, ¿tú has visto el plan?

—Sí, hija, menudo carácter el de nuestra niña, a esta no la va a pisar nadie.

—Pues eso es lo que yo quiero, mami, que no sea una tonta del bote como yo que se deje engatusar por el primer tonto lava que se le cruce en el camino.

Yo de Vicente no hablaría jamás mal delante de Daniela, pero por detrás se me calentaba el piquito, que otro gallo nos hubiera cantado de comportarse él en su momento como debió.

—Lo hecho, hecho está, mi niña. Tú ahora solo tienes que mirar hacia delante, que yo te auguro un futuro muy bonito, sea con ese médico, con un compañero enfermero o con el Cristo que lo fundó.

Mi madre tenía una gran fe en mí y ya me veía con la bata blanca puesta. Yo más bien veía a rayas horizontales, las de las contraventanas de Gustavo, pues no las perdía de vista en todo el día.

¿Le daría por bajar en algún momento? Él sabía muy bien dónde encontrarme y, si no lo hacía, sería porque no le saliera.

El domingo por la noche me dio un bajón importante...

—¿Seguro que no quieres que me quede unos días contigo, hija? —me preguntó mi madre antes de irse aquella tarde.

—Claro que no, mamá, tú tienes que acompañar mañana a Rafael al médico. —El hombre seguía algo pocho y tenían consulta al día siguiente.

—Pero mira que yo puedo ir solo, que ya soy mayorcito. —Él también se ofreció.

Qué suerte había tenido mi madre. Y qué suerte tuve yo misma y la perdí por boba...

Tras aquella primera visita, a la que, seguro que sucederían otras muchas, me sentí de nuevo un poco huérfana. No obstante, nada más lejos que sentirme vencida.

Al día siguiente tenía una cita importante y por Dios que no me echaría atrás. El mundo es de los valientes, como me decía Camila, y demasiadas veces dejé cosas en el camino con anterioridad por no crearme merecedora de ellas.

Si algo le debía a mi hija era sacar aquella mejorada versión de mí misma que le sirviera de ejemplo... Comenzaba mi nueva vida, una vida que tendría que reportarme un buen número de satisfacciones.

Se acabaron los miedos. Ahora tocaba ir por aquello que tanto anhelaba.

Capítulo 22



Lunes por la tarde y ya estaba yo echando la solicitud. Por Dios que no quedaría por falta de intentarlo. Yo quería que mi niña, en un futuro no muy lejano, se enorgulleciera de los logros de su madre.

—¡Ya estoy matriculada, Daniela! —vociferé cuando estuvimos fuera.

Aunque era consciente de que todavía me quedaba un arduo camino por delante, ya estaba en el comienzo de este.

—Mami, ¿eso es para lo de ser enfermera?

—Sí, cariño, para eso—le expliqué con cariño.

—Entonces, ¿la próxima vez que me caiga y me tengan que poner puntos lo harás tú?

—No, cariño, mejor no te caigas y así no tendrán que ponerte puntos, que mamá ya ha pasado bastante susto el otro día.

—Ah vale, mami, pero que nunca se sabe...

Aquella sabelotodo siempre tenía que decir la última palabra. La cogí de la mano y paseando, me dispuse a ir con ella hacia casa. Había un buen trecho, pero ambas teníamos ganas de caminar. Por fin el sol se dejaba caer con mayor generosidad y nos apetecía ir charlando tranquilamente de nuestras cosas.

Llegamos a la puerta del bloque y, al ser una hora inusual, el destino quiso que nos encontráramos con Gustavo. Un manojito de nervios a mi lado era un ejemplo de tranquilidad, porque el temblor se me notaba a leguas.

—Hola, Tania—me saludó con tono triste—. ¿Y tú cómo estás, Daniela? —Se dirigió a la niña, a quien le hizo cosquillitas en la barriga, un gesto muy típico en él.

—¡Hola, Gustavo! Yo estoy muy bien, aunque estaría mejor si pudiera enseñarte lo que he aprendido a hacer con mi patinete.

Muchas veces en la vida había deseado que la tierra me tragase, pero no con tantas ganas como aquella, quise tirarme de los pelos.

—¿Sí? Lo siento, pequeña, es que he estado muy ocupado.

—¿Entonces no has venido porque has estado ocupado? Yo pensé que lo que estabas era enfadado con mamá.

Definitivamente quería que la tierra me tragase y no volviese a escupirme por ninguna circunstancia.

—Daniela, hija, cállate, por favor.

—No, no te preocupes, déjala hablar, no la coartes.

Él no era partidario de cohibir la expresividad de los niños, pero es que esa hija mía me iba a llevar a la tumba con la suya.

—Lo siento, de veras que lo siento—insistí.

—No, no tienes que sentir nada, Tania. Y Daniela, yo no estoy enfadado con tu mami, lo único es que los adultos algunas veces no se entienden y deciden seguir cada uno por su camino.

—Pues tú podrías coger por el mismo por el que yo voy en patinete, y así me ves...

Y dale Perico al torno, mi niña era cansina.

—Te prometo que un día bajo para que me enseñes lo que has aprendido a hacer con él, ¿te parece?

—Vale, uno de los días que mi mami esté estudiando, te aviso y me bajas tú...

Ea, ya lo había soltado, se le acabó lo de que esas cuestiones eran nuestro secreto...

—¿Estudiando? ¿Vas a estudiar? —me preguntó, lo noté sorprendido y no sabía si eso era bueno o malo.

—Sí, verás...—No sabía ni por dónde empezar, pero Daniela me allanó el camino, como era normal en ella.

—Sí, es que mi mamá se va a hacer enfermera, porque igual me vuelvo a caer y me tiene que curar ella la pupa...

—¿Enfermera? ¿Tú quieres estudiar Enfermería? —No salía de su asombro.

—Sí, es lo que quise explicarte días atrás, pero no anduve lo suficientemente rápida y ya no hace falta que te cuente más, conoces el final igual de bien que yo...

—Ya, bueno... Me alegro de haberos visto. Nos vemos, Daniela. —Le entraron las prisas, se notó que comenzó a sentirse incómodo.

Mi niña le dijo adiós con la manita y él replicó su gesto. Ni siquiera entró en el bloque, era como si de repente necesitase volver a la calle, respirar aire puro, controlar su respiración.

La misma respiración que yo necesitaba controlar también, ya que me entraron unas inevitables

ganas de llorar. Llevaba unos días sin verlo y el encontrármelo de sopetón no me hizo ningún bien.

Por explicarlo de un modo resumido, sentí como si volviera al punto de partida, al momento en el que lo dejamos, y lo poco que había avanzado en aquellos días quedó de nuevo atrás.

Entré en casa con Daniela y, mientras ella tomaba su merienda, me eché a llorar sin consuelo en mi dormitorio, en silencio. Con Gustavo había experimentado el verdadero amor, ya que lo de Vicente fue un tema de críos, un enganche que duró más de la cuenta y que dio un fruto maravilloso.

Tenía que disimular, mi niña merecía que bajáramos al parque, que riera con ella, que viera sus avances en el patinete, ya que no tenía ninguna culpa de lo que me estaba sucediendo.

Sin más, lo hice y en el parque intenté poner mi mejor cara, dado que aquellas idiotas parecían regocijarse viendo mi soledad cada tarde.

Llevaba un rato allí, enfrascada en la lectura de mi libro, cuando escuché que Daniela me volvía a reclamar. Su habilidad con el patín era un hecho...

—¡Mira, mira lo bien que lo hago!

—Ya te he visto, lo has hecho fenomenal, cariño—le dije subiendo mi pulgar.

—No, si no te lo decía a ti, es a Gustavo.

Me volví y lo vi avanzar hacia ella. Todas las arpías, que andaban conspirando como de costumbre, fijaron su vista en nosotros.

—¡Mira, Gustavo! Y ahora sin manos...—le dijo Daniela, y él se apresuró a cogerla al vuelo.

—De eso nada, enana, que lo siguiente es decir “sin dientes...”

La niña se echó a reír y yo con ella, él hizo lo mismo y me encantó verlos juntos y tan risueños.

Daniela terminó por darle un beso que él le devolvió, tras lo cual me pidió permiso con la mirada para sentarse conmigo en el banco.

—Así que enfermera, ¿no? ¿Tú te has propuesto volverme totalmente loco? Mira que al final no voy a saber lo que eres. —Su tono era infinitamente más relajado, nada que ver con la tensión anterior.

—Lo que realmente soy es una chica sencilla, una madre soltera que lucha por sacar a su hija adelante y sí, debí confesártelo antes, lo hago limpiando y a mucha honra. Si en su día quise ocultárselo a tu padre es porque hay personas, como él, que te valoran por lo que tienes y no por lo que eres. Y tener, no tengo nada, pero creo que ser, soy una buena persona, con valores y que puedo aportar mucho.

Ni que tuviera preparado el discurso; me salió de carrerilla, sin pensarlo y eso fue debido a que quien habló fue mi corazón y no mi cabeza.

—¿Y se puede saber exactamente qué puedes aportar a alguien como yo? —Ya lo tenía en el bote, ahora quería que le alegrara un poco el oído.

—Un puñado de amor como no habrás conocido en la vida, eso es lo que puedo aportarte, ¿te parece suficiente o tengo que convencerte todavía? Porque si es así, ahí tienes otro argumento; yo no te necesito Gustavo, no quiero tu estatus, ni tu apellido para mi niña, ni tu dinero, ni siquiera tu terraza por mucho que te haya quedado de revista. —Esto último se lo dije de broma.

—Y entonces, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Ya te lo dije, que no dejes de creer en mí, eso es lo que único que quiero, porque yo sí que creo en ti, creo en tu forma de ver la vida, creo que eres una persona que merece la pena, creo en tus valores y creo que alguien como tú es el hombre que quiero a mi lado. Y cuando digo alguien como tú me refiero a idéntico, no a una copia, yo que quiero a ti.

—¿Me quieres? —Se notaba que mi discurso le estaba llegando al corazón, que le estaba

conmoviendo, que quería creer en mis palabras.

—Sí, te quiero de todo corazón, Gustavo, te quiero como no pensé que se pudiera querer a un hombre. Y lo sé porque tu ausencia me duele por sí misma, porque no puedo soportar el haberte fallado, porque me siento una necia total como consecuencia de no haber sido sincera.

—¿Y ahora estás siendo totalmente sincera?

—Estoy siendo tan sincera que me duele el alma de abrirtela en canal, no puedo serlo más. Si quieres confiar en mí, vas a tener que hacerlo ahora, porque no puedo hacer más.

—Y no hace falta que lo hagas porque, si te soy totalmente sincero, te quiero lo suficiente como para no poder pasar ni un día más sin ti...

Capítulo 23



Ni él pudo pasar ni un día más sin mí ni yo tampoco sin él. Lo nuestro salió adelante gracias al ejercicio de sinceridad que, esa tarde, sí fue compartido.

—Os estáis riendo un montón—nos comentó Daniela en cuanto se acercó con el patinete al banco en el que estábamos—, ¿es que ya volvéis a ser novios?

—Sí, cariño, ya volvemos a ser novios, ¿te gusta la idea? —le preguntó, cogiéndola al vuelo y dándole un tierno beso.

—Sí, porque mamá estaba muy triste sin ti. Ella se cree que yo no sé que llora, pero sí lo sé—le espetó y de nuevo mis piernas quedaron colgando en el aire y la sonrisa se me quedó congelada.

—¿Sí? Pues, ¿sabes lo que te digo?

—No, si no me lo dices no puedo saberlo—le aclaró ella.

—Pues que te prometo que tu madre no va a llorar más, que a partir de ahora yo me voy a encargar de que solo ría, ¿te parece una buena idea?

—Me parece fenomenal, porque yo también lo he intentado, ¡pero vaya trabajito! —resopló.

Lo que había que oír, mi enana, definitivamente y aunque ella no se lo explicara, era una vieja o se había tragado una o algo parecido...

Esa tarde comenzó a fraguarse una historia que tenía los mejores visos de continuación. Todavía nos reconciliamos a tiempo de que yo pudiera asistir a aquella cena a la que tanto le temía; a la del cumple de su madre.

Recuerdo la forma en la que me defendió mi novio ante su padre, por teléfono, antes de acudir.

—Te lo advierto papá, no quiero ni una tontería; voy a acudir con Tania y ya lo sabes por Cándido, no es abogada. Y sí, pregúntate por qué una muchacha tan joven se vio obligada a mentirte en una cosa así, ¿tú te crees que es normal ir avasallando así la gente? Un gesto más en ese sentido y no solo no ganarás una nuera, sino que te prometo que perderás a un hijo. Y a ver cómo le explicas a esa sociedad que tanto te importa que tu hijo, el médico, del que tan orgulloso estás, pasa de mirarte a la cara.

Su tono fue tan contundente que cuando llegamos Esteban estaba más suave que un guante. Siempre he pensado que la procesión iría por dentro y que en el fondo aquel hombre tan clasista no querría verme allí, sino más bien en la punta de un cañón, pero se guardó muy bien de demostrarlo.

—Hola, querida, tú debes ser Tania, no sabes las ganas que tenía de conocerte. —Ese fue el saludo de su madre, que sí noté realmente afectuoso, y que me dio dos besos al abrir la puerta de su casa.

—Yo también tenía muchas ganas de conocerte, Marisa, gracias. —Casi se me saltan las lágrimas al comprobar que ella sí que me acogía de buen grado y con toda la naturalidad del mundo.

—Me ha dicho mi hijo que tienes una nena encantadora, estoy deseando que nos la traigas a merendar una tarde. ¿Sabes? Nunca he tenido la ocasión de ejercer de abuela y ya es hora de que vaya haciendo las prácticas.

Chapó por ella. No me había dado tiempo ni a felicitarla y ya me había hecho sentir arropada. Su actitud me tranquilizó tanto que ya saludé a Esteban bastante más relajada.

—Sé que no hemos empezado con el mejor de los pies y creo que es posible que yo haya tenido

algo de culpa—me confesó según me daba la mano, un gesto mucho más frío que los dos afectuosos besos de su mujer, pero mucho más de lo que pudiera esperar a priori.

—¿Algo de culpa? Ejem—carraspeó su hijo y él supo muy bien lo que eso significaba.

—Algo o toda, ya sabéis cómo soy, tampoco vayáis a querer pedirle peras al olmo—se disculpó a su manera y se marchó para dentro.

Gustavo parecía algo apurado todavía.

—Cariño, sé que no es el colmo de la condescendencia, pero tampoco logro hacer más carrera de él. —Se rio.

—No te preocupes, ya te digo que es muchísimo más de lo que creí, un avance enorme. Además, me sobra salero para terminar metiéndome a ese cascarrabias en el bolsillo, ya lo verás.

Esa sí que era una apuesta atrevida por mi parte, pero es que, después de recuperar a Gustavo sentía eso de que cuanto más pensaras en grande, más podrías poner el mundo a tus pies.

—No tengo ninguna duda de eso, lograrás todo lo que te propongas en la vida, mi amor.

Cómo sonaba ese “mi amor” cuando ya nada tenía que temer. Liberarme de aquella mentira que me asfixiaba me había proporcionado el oxígeno suficiente para que se me abrieran las puertas del cielo, así lo sentía.

Pese a que todavía tenía mis reticencias de cómo pudiera encajar en aquel ambiente tan pijo, saqué mi primera matrícula de honor aquella noche, y eso que aún no había comenzado a estudiar.

—¿Sabes que eres mucho más de lo que jamás pude soñar? —me preguntó Gustavo, mientras íbamos de vuelta a casa.

—¿No me lo dices por decir? —le pregunté con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—No, por supuesto que no. Y, es más, yo también tengo que pedirte un favor, no dejes de creer en mí, no lo hagas tú tampoco. Te prometo que seré honesto contigo siempre, no tendrás ningún motivo para desconfiar...

Y no lo tuve, jamás, en ningún momento dudé de sus palabras; ni un mes después cuando me pidió que nos marcháramos a vivir con él a su ático ni unos cuantos más tarde cuando en un maravilloso fin de semana en Marruecos hincó rodilla en la terraza de aquel increíble hotel que nos ofrecía las mejores vistas de la ciudad para pedirme matrimonio.

—Dime que es verdad lo que acabas de preguntarme y no el fruto de que te hayas tomado unas copitas—le rogué.

—Es la mayor verdad del mundo y si quieres, como prueba de que así es, lo gritaré tan fuerte que puedan oírlo hasta en España.

Y aunque me lo pidió de corazón, también es cierto que las copitas las llevaba encima, porque lo gritó hasta el punto de que todo el que pasaba por la calle se iba parando, y la gente comenzó a grabarlo y a aplaudir...

Uno de los chavales que lo grabó, que era español, terminó por enviarnos el vídeo. Desde que lo tuve en mis manos supe que allí estaba grabado un momento irrepetible de nuestra bonita historia de amor.

A Marruecos fuimos solos en aquella ocasión, por lo que a nuestra vuelta abordamos otra parte muy divertida de esa historia; la de contarle a Daniela que nos íbamos a casar. Nunca olvidaré la forma en la que se echó las manitas a la cara y con todo el entusiasmo del mundo nos lanzó allí mismo un...

—¡Vivan los novios!

Capítulo 24



—¡Vivan los novios! —repetía mi niña un año después, una y otra vez, a la salida de la ceremonia.

Todos nuestros amigos y familiares se dieron cita allí para entonar con ella una frase que no había parado de repetirnos ni un día desde que supo que íbamos a contraer matrimonio.

—¡No puedo creerlo! —le dije a Gustavo cuando vi que la chiquitina, para frustración de Esteban, sacó el tambor y comenzó a tocar una “pieza” que debía ser de su propia cosecha, porque ninguno acertamos a identificarla, pero sí todos a reírnos.

Daniela seguía siendo la misma loquilla que nos dejaba de piedra a cada momento, lo que formaba parte de la esencia de lo que era; la niña más feliz del mundo, como ella decía.

Aquella “pieza” que nos tocó tuvo, como el resto de la ceremonia, el mejor de los escenarios; la muralla de Ávila, un lugar incomparable en el que hacer unas fotos para el recuerdo que hoy adornan la pared principal de nuestro ático.

—Nuestra niña es la bomba—me susurró en el oído el que ya era mi marido, una idea que no podía alegrarme más.

—Sí, que lo es, y lo mejor es eso, que es “nuestra”.

No era un decir, Gustavo me había demostrado en ese tiempo que, sin pretender usurpar el puesto de Vicente, que era su padre, él también podía actuar como tal. Una cosa no quitaba la

otra...

Por cierto, que Vicente y Jenifer también acudieron a nuestro enlace, porque lo que deseábamos era que estuvieran todas aquellas personas que significaran algo en nuestras vidas, y él, que ya estaba muy reformado, siempre tendría ese papel; el de ser el papá de Daniela.

Si tenemos que hacer referencia a las dos mujeres más emocionadas en aquella ceremonia, esas son sin duda mi madre y Marisa, mi suegra, aparte de Daniela, cómo no.

—Hija mía, qué belleza, qué arte y qué elegancia. —Mi madre me dio dos besazos, la emoción apenas le dejaba un hilo de voz.

—Abuela Mina, que pareces un muñeco de esos de guiñol, —Daniela estaba al quite, la que se le escapara a ella...

—Tiene toda la razón tu madre, hija, eres la nuera que siempre deseé tener, y ahora también te considero mi hija. —A Marisa le pasaba lo mismo, debía tener un nudo en la garganta, ya que le costaba hablar.

—¿Y tu marido opinará lo mismo? —le pregunté entre risas.

—Ya sabes que sí que, aunque ese hueso se jacte de serlo, en el fondo lo has conquistado día a día, y la chiquitina también.

No se equivocaba Marisa, pues Daniela salió corriendo hacia un Esteban que, a esas alturas, ya ejercía de abuelo, lo mismo que Rafael.

—Mami, ¿y vosotros...? —le pregunté.

—Hija, a mí no me interesa casarme, que me quitan mi paguita de viuda, pero que yo considero que ya estoy más que casada con él—me confesó con aquellos ojos de enamorada que seguía teniendo mientras miraba a Rafael.

Yo conocía muy bien esos ojos, porque eran los mismos con los que miraba cada día a Gustavo, igual que él a mí. Nos habíamos propuesto no dejar de creer en el otro y esa era la base de una relación que me tenía todo el día en una nubecita.

En esa misma nubecita estaba también Camila con Juan Luis, un compañero suyo de trabajo que terminó por llevarse el gato al agua. Y es que su relación con Jorge terminó por romperse, pero, como no hay mal que por bien no venga, mi querida vecina y amiga terminó en brazos de un compañero suyo que según le confesó estaba enamorado de ella desde el primer día. Desde que ella también le puso ojitos, su vida cambió y ahora tenía a su lado al compañero que merecía.

La que no tenía todavía a nadie con quien pasear del brazo era Mari Jose, si bien más de un compañero de Gustavo la tenía fichada en una boda en la que no dejó de bailar.

Tampoco lo hicimos mi maridito y yo, que nos marcamos una coreografía que arrancó los aplausos de todos y hasta un “¡qué salada es mi nuera!” por parte de Esteban, que ya andaba afectadillo por el alcohol.

Aunque la verdadera anécdota de la boda fue la del corte de la liga... Me explico, la mía era una obra de arte que me había tejido mi madre con sus propias manos, por lo que un rato antes me la cambié por otra que llevaba ella en el bolso, que no me importaba que terminara hecha trizas.

Pues bien, llegado el momento, allí que voy yo y comienzo a arremangarme el vestido, con mi pierna encima de la mesa, en una pose de lo más sexy...

Los ojos de Gustavo constituían un espectáculo en sí mismos, porque como si fueran los de la famosa rana del mismo nombre, se le salían.

El jaleo de los invitados tampoco es que me ayudara y me fui poniendo nerviosa conforme comprobé que la liga no aparecía. En mi afán de encontrarla, y sin querer dar ningún numerito, no paraba de arremangarme el vestido.

—¡Mami, cuidado, que como sigas así se te va a ver hasta la hucha! —Ese fue el comentario que me hizo Daniela y el que quedó grabado para la posteridad, pues no pudo ser más gracioso.

A mami no se le llegó a ver la hucha, pero sí los colores en la cara. Una vez más, y ya había perdido la cuenta en la vida, quise que la tierra me tragara.

—Daniela, hija...—murmuré entre dientes.

—Si es que es verdad, mami, y además la liga está aquí.

Allá que venía mi enana con la liga en la mano, que se me había caído al suelo.

—¡Viva la novia más sexy del mundo! —chilló Gustavo y de nuevo mis colores salieron a relucir.

Si no me la armaba la una, me la armaba el otro; así eran mis chicos, los chicos con los que yo quería pasar el resto de mi vida.

Epílogo



6 años después...

—Enfermera, que dice el doctor Mendizábal que la espera en el box 2 de urgencias—me dijo un celador que era un chiquillo, se veía totalmente novato. Apostaba que era su primer día de trabajo.

—¿Me llamaba, doctor? —le pregunté al entrar en aquel box, en el que ya sabía yo de sobra que no había urgencia alguna que atender, salvo la de nuestros necesitados labios.

—Sí, enfermera, tenía absoluta urgencia por verla y por hacerla sentir esto. —Su intenso beso causó mi estremecimiento, como cada uno de los que me daba, y mi piel se erizó como la de una quinceañera.

—¿Y no ha podido usted esperar a llegar a casa para eso? —le pregunté en el más sugerente de los tonos.

—Sabe de sobra que una urgencia es una urgencia y debe ser atendida con premura.

Seis años después de nuestra boda estábamos todavía más enamorados y acaramelados el uno con el otro. Y no había minuto que tuviéramos libre que no nos buscáramos para dar rienda suelta a una pasión que era el motor de nuestra relación.

... Y digo bien, de nuestra relación, porque el motor de nuestras vidas eran Daniela y nuestros pelones, Víctor y Hugo, a los que llamamos así por el famoso escritor francés, por el que mi

marido sentía predilección.

Creo que nunca he hecho referencia a ello, pero a Gustavo se le dan fenomenal los idiomas y para mí escucharlo hablar en francés es un gusto total...

Nuestros pelones tenían un añito de edad y esos sí que eran unos verdaderos muñecos para una Daniela que ya se había convertido en una preciosa adolescente y que estaba enamorada de sus hermanitos, a quienes cuidaba con pasión.

Los niños llegaron al mundo unos meses antes de que yo consiguiera la plaza de enfermera en el hospital, después de una buena temporada preparando las oposiciones. Había conseguido mi sueño, en parte gracias a que Gustavo me lo puso muy fácil.

Me conozco, y sé que, una vez que me lo propuse, lo hubiera logrado de todos modos, pero él se empeñó en que dejara mi trabajo de limpiadora en cuanto nos comprometimos, y que me dedicara en cuerpo y alma a los estudios.

Así fue cómo, además de mi vida personal, pude disfrutar de unos magníficos e intensos años de vida estudiantil en los que amplí mi círculo social conociendo a muchos compañeros que terminaron convirtiéndose en buenos amigos.

Llegado el momento, y aunque yo estaba más liada que la pata de un romano, nos dispusimos a embarcarnos en la aventura de volver a ser padres. No miento si digo que con Gustavo no me dio ningún miedo hacerlo, pues el que era ya un padrazo con Daniela no iba a serlo menos con sus propios hijos.

El día que nos dijeron que no era uno sino dos los bebés que venían, la cara se nos cambió, pero él enseguida le vio la parte positiva.

—Nos encantan los niños, amor, y tres es un buen número para plantarse. Así te ahorras un parto, ¿o me equivoco?

Visto desde su perspectiva, enseguida me ilusioné tremendamente con el doblete, lo mismo que su hermana mayor, sus abuelas y el resto.

Todos ellos estaban locos con los niños, que eran de lo más simpáticos y risueños.

—Estos nietos míos van a lograr cambiarme—nos confesó Esteban el día que los conoció, la única vez que le hemos visto con la lagrimilla fuera.

—Como si no hubieras cambiado ya antes, anda no me hagas hablar, suegro—le respondí yo, que me sentía tremendamente dichosa, con uno de los niños a mi lado y otro en sus brazos.

Nuestra vida estaba llena de satisfacciones y el día que Gustavo me llamó para decirme que ya tenía plaza de enfermera fue de risa... Él había mirado por Internet las listas desde su trabajo y me llamó volando al móvil.

—Cariño, que ya tienes la plaza, que es tuya, que es tuya...

—¿Qué dices? Que no me entero amor, aquí los tengo a los dos que me están dando un concierto bueno.

Los niños andaban con el tema de la salida de los dientes y estaban rabiando, por lo que los llantos y la impertinencia se sucedían aquella mañana.

—Que la plaza es tuya, mi amor...

—Vale, vale, que luego me lo cuentas, que yo también te quiero.

Le colgué y seguí mordedor va y mordedor viene, a ver si era capaz de calmarlos.

No fue hasta el mediodía, cuando llegó Gustavo, que me enteré de que por fin había logrado el sueño por el que tanto luché.

—¿Y has esperado horas para contármelo? —Las lágrimas de emoción salían a borbotones de mis ojos.

—Pero amor, que he intentado decírtelo un puñado de veces por teléfono, pero que los niños te

tenían sorda...

—¿Que yo estoy gorda? —bromeé.

No, no lo estaba porque me cuidaba mucho, pero sí engordé de felicidad ese día, y debían ser unos cuantos kilos, porque no cabía en mí de gozo.

Todo lo que había deseado en la vida se había cumplido. Cuando las relaciones se construyen con los mejores cimientos, el resultado tiene que ser el mejor, sí o sí. Había llegado el momento de disfrutarlo. “No dejes de creer en mí” era nuestro lema y nosotros supimos llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

Mis redes sociales:

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Si te ha gustado mi novela, puedes visitar mi página de autora haciendo clic en el siguiente enlace: relinks.me/AriadnaBaker

¡Muchas gracias!